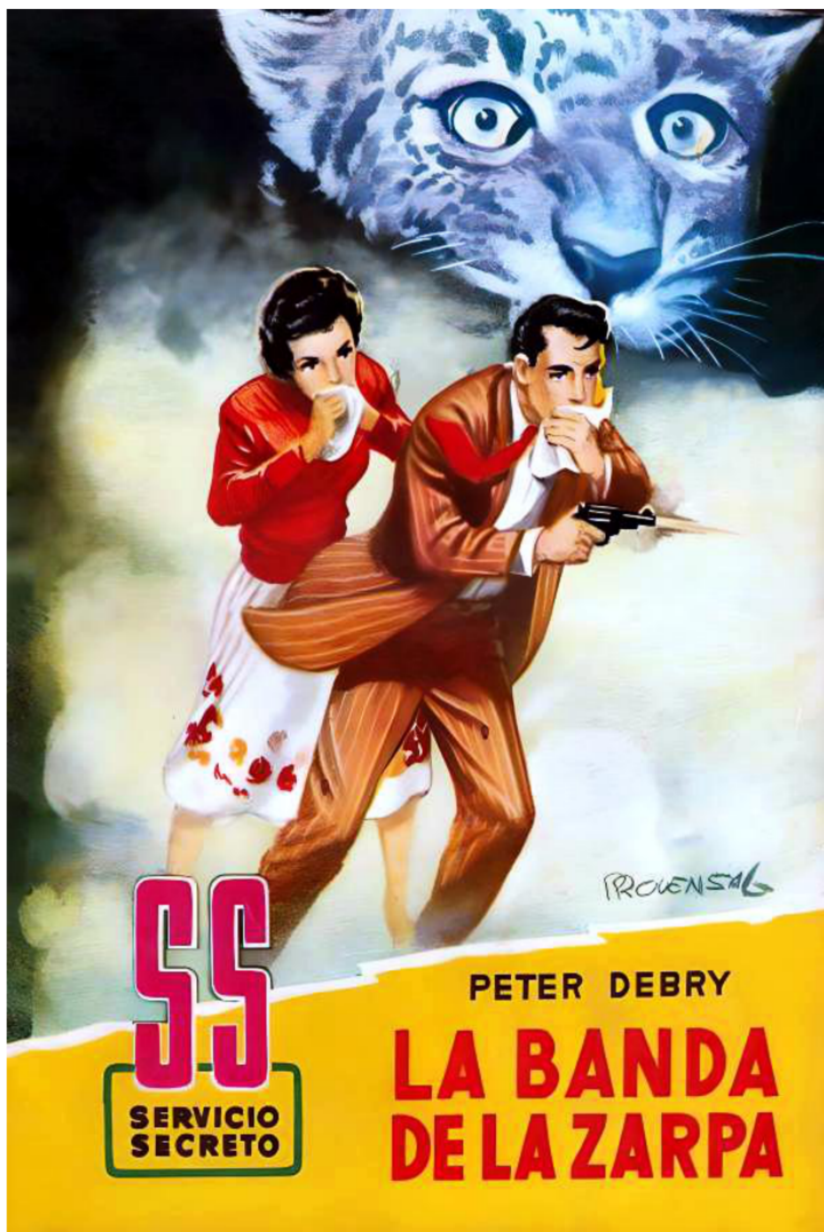

PROVENSAL
SS
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
LA BANDA DE LA ZARPA

LA BANDA DE LA ZARPA

PETER DEBRY

LA BANDA DE LA ZARPA

1ª EDICIÓN
SEPBRE. – 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. - La brigada de los suicidas. 4. - Sirenas tropicales.
6. - Los cuatro ases. 8. - El cas-tillo de los ahorcados.
10. - Peces de platino. 12. - Gangsters en Casablanca.
14. - Valses tétricos. 16. - Los buitres negros.
18. - En busca de una cabeza. 20. - La atómica en Hollywood.
24. - La bella del Bósforo. 26. - La isla corazón.
28. - Los diablos del Ártico. 32. - El pulpo humano.
34. - La pequeña tonquinesa. 36. - Piratería moderna.
38. - Un pistolero en el F. B. I. 40. - Dama «Di-namita».
44. - Doctor Borgia. 46. - Asesina-tos en el Estadio.
54. - Platillos volantes. 56. Aviones sin rumbo.
64. - El vampiro de Brooklyn. 66. - Cadáveres ambulantes.
69. - Gongo Kong. 71. - Tiburones del «Tritón».
73. - Balas perdidas. 77. - Tobi-llos de oro
80. - Los muertos no mienten. 91. - La ley del machete.
93. - Calavera de plata. 95. - Horas trágicas.
97. - La dama de los Nenúfares. 102. - La fiera acosada.
104. - Corsarios anfibios. 106. - Trágica apuesta.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

LA BANDA DE LA ZARPA



por

PETER DEBRY

CAPÍTULO I

«PATROL CAR 22»

En el cruce de la calle 43 con la Avenida Michigan, el policía de tráfico alzó el índice en amistoso saludo, hacia el coche negro que a toda velocidad tomaba el viraje, precediendo de poco a la ambulancia que con su ulular paralizaba el tráfico normal.

Sentado de lado sobre su moto ahorquillada, en el aparcamiento de la salida Este del Washington Park, otro policía del servicio de control de velocidades, rumió unos instantes el chicle, e interpeló a su pareja:

—En el fondo la vida tiene mucha guasa, Pat.

—Y que lo digas, Johny —opinó convencido su compañero de servicio.

—Ahí tienes al «22». Acaban de pasar con una ambulancia pisándole las gomas. Una pareja de muchachos tan tranquilos como tú y yo, con nuestras dos turnos de cinco horas, siempre en la calle.

—Sí, pero ellos tienen un techo encima, y en cambio nosotros, al raso. Y cuando como esta noche supla el alfilerazo del Lago, le tengo casi antipatía a «*Baby*» —y el segundo motorista, desmintió lo que afirmaba, porque palpó cariñosamente el bidón de la «Rudge» como si acariciara el flanco de un fiel caballo.

—Se muere un soldado en Corea, y luto nacional. La vida tiene mucha guasa, Pat. Cada semana muere alguno de los «patrullas» y sin embargo, no sólo nadie se entera, sino que siguen rodando los coches. Ahí tienes al «22». Le han retocado el chasis yo qué sé las veces. Pero las balas en la chapa las sacan en el garaje. ¿Y quién le repara la piel a los que han muerto en el «22»? Tiene maleficio el «22». Es el patrulla que ha matado a más conductores. Le llaman los «dos cisnes» por el número, y harían mejor en traspasarlo a una empresa de pompas fúnebres. Yo mismo lo encontré una vez en la

47, contra un farol. Al volante estaba el viejo Teddy. Le faltaban once meses para el retiro. Y le dieron el retiro, ¡vaya que sí! Cuatro balazos en la cara. Y a su lado estaba el pecoso Mike… Oye, yo no soy impresionable, porque nacer y arrancar tacos de calendario en Chicago, le endurece a uno. Pero te juro que aquella noche, mientras colocaba mí «burra» junto al «22», tenía ganas de matar a alguien.

El otro motorista asintió gravemente. Él también había experimentado reacciones impropias de un guardián del tráfico, cuando tuvo que acudir junto a un «patrulla» inmovilizado por la fuerza mayor de la muerte.

—El pecoso Mike, era un chico valiente, y tan inocentón que se pasaron dándole novatadas más de tres años. Y la última vez que le vi, parecía abrazarse al viejo Teddy, como para protegerle. Claro, tanto rodar en coche y en pareja, hace que se tomen ley, y…

Movió los pies con destreza, a la vez que gruñía:

—¡Otro que se cree en Indianápolis!

Y ambos a la vez, con bamboleo de acróbatas, se lanzaron en persecución del coche, que iba a recibir una multa por «creerse en Indianápolis».

—¡«Atención, 22! ¡Atención, 22»! —Gangueó el cuadrante—. Avenida Jefferson, doce.

El del volante apretaba ya el acelerador. A su lado, Regis Logan asió la visera de su gorra para encasquetársela reglamentariamente.

«—¡Avenida Jefferson, doce! ¡Piso cuarto! Comunican que acaban de oírse disparos. ¡Piso cuarto, Avenida Jefferson, doce!».

Regis Logan apoyó la mano abierta en la redecilla del altavoz, como si la colocara sobre una machacona cotorra. Su pulgar bajó la palanca.

Burt Halifax ciñó con arte el bordillo de la acera de Halsted, sin frenar, sino acelerando al penetrar en la Avenida Jefferson.

La hora de la cena para los demás. Era natural que hubiera poco tránsito a aquella hora, en una noche de perros como la que empañaba el asfalto con resbaladiza llovizna de nieve.

El coche «22» estaba frenando ante los ocho pisos del número doce, y ya Regis Logan corría hacia el umbral abierto.

Otros acudían balanceando en la diestra la porra, un argumento persuasivo que no había que emplear más que en casos extremos,

pero que comunicaba grandes deseos de hablar a todo el mundo.

Regis Logan limitábase a exponer el físico. La Naturaleza le había dotado de un semblante que, al no sonreír su dueño, plasmaba una enérgica decisión.

Quien no conociese a Regis Logan, al verle por vez primera, se quedaba convencido que llevarle la contraria era intentar apagar un fuego latente echando aceite.

Al fondo, en el arranque de las escaleras, había dos niños jugando. Del portal lateral, salía un efluvio de olor a coles, que quitaba el apetito.

No había ascensor, y Regis Logan subió los escalones de tres en tres. No había manera de criar grasas en el «22».

Al llegar al cuarto rellano, después de que a sus zancadas hicieron eco varias puertas abriéndose y cerrándose con cautela, vio a una mujer ya «fuera de circulación», que con gestos de conspiradora, desde un umbral, le señalaba una puerta marcada con el número 18.

Sería ella seguramente la que telefoneó a «Patrol-Urgent».

Regis Logan repicó con los nudillos en la puerta 18. La vieja desapareció, aunque seguía atisbando por la rendija.

Abrieron, y una mujer sobre cuyo delantal grasiento, un chiquillo a caballo sobre la cadera, dibujaba círculos con los dedos pringosos de confitura, se sobresaltó. Lo de siempre. Les extrañaba que tan pronto pudiera llegar un uniforme policial.

—Buenas noches, señora. ¿Está segura de que no ha pasado nada?

Y Regis Logan tocando la visera de su gorra, entró. Su mirada era ya un objetivo que sólo enfocaba lo esencial: suelo, cortinajes, ventanas.

Atravesó el pequeño vestíbulo, un comedor, insertos los dos pulgares en el cinto. Penetró en una cocina, donde un hombre se arrastraba por el suelo, llevando a las espaldas un chiquillo de unos diez años.

—Buenas noches, amigo. ¿Está seguro de que no ha pasado nada?

El hombre, desgreñado, confuso, se puso en pie lentamente. Lo de siempre. Una mirada temerosa, casi de antipatía.

Regis Logan vió en el suelo una pistola. Cuarenta centavos en

cualquier bazar. Diez centavos la cajita de detonantes.

Regis Logan suspiró. La mujer vino a colocarse junto a su marido y los dos chiquillos empezaron a berrear agudamente.

—Lo siento, pero telefonearon que se habían oído disparos.

La mujer empleaba un método contundente para acallar a los dos críos. El hombre ya sonriente, pareció muy aliviado.

Regis Logan volvió a meditar que también era siempre idéntica la reacción del más inocente ciudadano. La visión de un policía de uniforme, le producía pánico, aunque nada tuviera que reprocharse. ¿O sería que su cara era antipática?

Regis Logan sonrió, y los dos críos, fuese porque las palmas maternas tenían sabiduría, o porque la sonrisa de Logan le iluminaba el semblante, se callaron y también sonrieron.

—Fué él —acusó la mujer, tendiendo un índice hacia su marido —. Se lo tengo dicho. Compró la pistola para, según él, divertir a los chicos, y es él quien gasta todos los pistones. ¿Te das cuenta, hombre? ¡Ah, ya sé! Oiga, señor policía, todos los vecinos saben que somos gente tranquila, pero me quedo sin cenar si no es la chismosa vieja de Elisabeth, la que sólo por…

Pero ya Logan iba hacia la puerta, y salía, tras gruñir:

—Buenas noches.

Se dirigió hacia la rendija tras la que espiaba la vecina. Empujó suavemente y entró.

—Buenas noches, señora. Escuche, abuela, yo he venido aquí porque usted comunicó haber oído disparos. Eran disparos, pero usted sabía que se trataba de un padrazo haciendo el canelo. No arrugue los labios con vinagre, abuela. Comprenda tan sólo que mientras yo estoy aquí, en otro sitio pueden estar disparando de veras. ¿No lo hará más, verdad, señora Elisabeth?

La vieja inclinó la cabeza como un colegial arrepentido. Era guapo aquel policía, cuando sonreía.

Regis Logan bajó las escaleras de cuatro en cuatro. Le gustaban más los descensos qué las subidas.

En el coche, siempre con el motor en marcha, Burt Halifax viró un poco a la izquierda, emprendiendo la «ronda».

—Un papá que compra una pistola de alarma con la excusa de divertir a sus críos. Y una vecina que no puede tragar a sus vecinos. Me parece que te has resfriado.

—Y cuando pille la pulmonía estaré muy contento de traspasar este volante. Se lo dije al jefe, y se rió. Le dije que no estaría de más que nos pusieran calefacción, ¿y sabes qué me contestó?

—Primero, «¡un cuerno!», y después haría el oso.

Virando en la calle 31 Burt Halifax imitó la voz gangosa del inspector Anderson de la Sección Tercera de Patrullas:

—«¿Calefacción, eh, Halifax? ¡Y un cuerno! Está usted bastante adormilado, para que encima le arropemos. ¿Es que se imagina usted que le damos el mejor coche de la Sección para que se lleve usted a Logan de paseo al claro de luna, junto al susurro del Lago?».

El altavoz gangueó:

—¡«Atención, 22»! ¡«Atención, 22»! Halsted setenta y ocho, bar «Grizzly». Reyerta de «GI».

Volvió Logan a aplicar la mano abierta sobre el altavoz.

—Esto es lo que menos me gusta, Burt. Meterme ahora con soldados en licencia, que se han tomado unas copas de más. ¿Te acuerdas el mes pasado?

—Aún me duele la espinilla del puntapié que me dió aquel cabo que me tomó por un coreano del Norte.

En el «Grizzly» ya se habían apaciguado los ánimos a la llegada de Regis Logan.

Dos soldados sentados en el suelo, eran objeto de mimos por otros dos que inclinados les vertían jarros de agua helada. En rededor, cascos de botellas rotas, sillas derribadas.

Dos chicas gritaban histéricamente cuando entró el policía, señalando a un camarero fornido. En las mesas del fondo, varios paisanos, dejaron de protegerse tras las mesas.

Uno de los soldados sentados, tenía en la frente una brecha.

—Buenas noches, «GI». ¿Estáis seguros de que aquí no ha pasado nada?

Uno de los soldados gruñó:

—No ha pasado nada, pero va a pasar.

Se abalanzó, enrojecidos los ojos por un exceso de libaciones. Regis Logan vió la primera llave de «japonesa», y se ladeó.

Por un instante pareció que soldado y policía, se disponían a bailar un «bugui», cogiéndose la diestra, y echando hacia atrás el cuerpo.

El soldado subió hacia arriba como impulsado por un resorte, y

después horizontalmente pasó por encima de la cabeza de Logan, que dando media vuelta, le amortiguó la caída.

En el suelo, uno de los sentados, gritó:

—¡Ojo Flanagan! Que nos vamos a pasar la licencia entre rejas.

Flanagan, en el suelo, se palpó los riñones.

Regis Logan se arregló el cuello de la guerrera azul.

—¿Quién denuncia?

Estaba ya a su lado el camarero-jefe.

—Me rompieron todo lo que llevaba en la bandeja, y empezaron a pedir pelea. Por aquellas dos mariposas —y señaló vengativo hacia las dos mujeres, que empezaron a protestar incoherentemente.

—¿Presenta denuncia? —reiteró, Logan.

Los cuatro soldados entre sí, se agrupaban, tratando de sostenerse con dignidad.

—Si pagan lo roto, y se van, por mi…

—Ya lo oís, «GI». Pagando y viniendo conmigo, asunto terminado.

Los cuatro soldados rivalizaban en buenos deseos de hurgarse los bolsillos. El jefe de los camareros especificó:

—Diez machacantes.

—Con cinco, sobra —calculó rápidamente Regis Logan—. Echad cinco sobre la mesa, y salgamos a respirar aire puro.

En la calle, uno de los soldados tocó en el hombro a Logan:

—Oye, compañero, total no pasó nada. Flanagan está un poco mareado y no se dió cuenta que eras un policía.

—Lo comprendo. Si visto de niño jugando al aro, es para despistar. Vamos al grano, soldados. Aquí no estamos en Corea. Si el altavoz me llama para que otra vez os venga a contemplar, lo siento mucho, pero tendréis doble quincena. Seguid la noche en otro barrio, más al Norte. Desde la 31 al Humboldt, estoy de ronda.

Los cuatro soldados hicieron gestos amistosos, desfilando con ágil rapidez, enlazando el de la frente abierta, con amor y desmayo, los hombros de otro.

Burt Halifax al reemprender la marcha, estornudó:

—Verás cómo mañana tengo las narices como un pimiento.

—Faltan sólo tres horas y doce minutos, Burt.

—Tiempo sobrado para pillar una doble pulmonía. Muchas veces me pregunto por qué nos metimos a «patrulla», Rex.

—Porque dentro de dos años tendremos despacho, vestiremos de paisano, y nos llevarán en coche cerrado.

—Eres un optimista. ¿Es verdad eso de que te pasas al «F.B.I.»?

—Por mí me quedaría en la «Politana», pero los federales se han fijado en mí.

—Haces bien en dejarte querer. Tú vales más que nosotros, Rex. Pegas como Joe Luis, y tienes los sesos muy despiertos. Ya saben todos que estás muy contento con ir al «F.B.I.».

—No lo niego. Hay más porvenir. ¡Salud y moneda!

Burt Halifax estornudó estruendosamente, y al día siguiente, a las siete de la tarde, al coger el volante del «22» lucía un hermoso color de pimentón en la nariz. Los ojos le lloraban.

—Mejor te hubieras quedado en cama, Burt.

—Prefiero llorar y estornudar aquí, que entre sábanas pegajosas.

A las once y media de la noche, dos motoristas saltaban de sus motos junto al coche «22», inmovilizado en la mitad de la acera de la Avenida Jefferson.

Apartaron con cierta impaciencia a los curiosos. En el volante, Burt Halifax sin sentido, estornudaba constantemente. A su lado, reclinado contra su hombro, Regis Logan tosía y estornudaba.

Aún quedaba cierto aroma acre punzante. Y entre los pies de la pareja del «22», había una pequeña esfera: una lacrimógena.

CAPÍTULO II

BIS

El inspector James Anderson, jefe de la 3. ª Sección de Patrullas, del barrio Sudeste de Chicago, «iba a hacer el oso».

Miraba a los dos hombres de cara enrojecida, ojos lagrimeantes, y que se sacudían de vez en cuando, conteniendo ataques de tos, que les arañaba los pulmones.

El gas de mostaza tardaba en desprenderse de los tejidos membranosos. En la nariz, ambos agentes tenían algodones empapados en aceite, y les picaba la garganta las vaporaciones de inhalador con formihidral.

Habían recuperado el sentido normal a las doce y veinte de la noche, y ahora, rabiosos, desmadejados, aguardaban lo peor. La «ironía» del inspector Anderson.

—Están ustedes preciosos. Un cromo. Un anuncio para píldoras anticatarrales. ¡Y un cuerno! Forman una pareja muy capacitada para repartir botellines de leche a la madrugada. Y usted tirando de las riendas Halifax. El burro…, me callo lo que iba a decir. Usted, Logan, ¿no es usted el que va a pasarse al «F.B.I.»? Tengo una tía asmática, que sueña con el «F.B.I.». La recomendaré, y me hará quedar mejor que usted, Logan.

—Sí, señor —replicó Logan. Era una manera de atajar la finísima ironía del inspector Anderson.

—A las once y veintisiete, el de guardia, les comunica que vayan al ochenta y tres de la Michigan. A las once y treinta y uno, dos motoristas los encuentran enlazados en amoroso abrazo. Y a las once y cuarenta, la brigadilla de refuerzo, entra en la casa ochenta y tres de la Michigan y tropiezan con el cadáver de Rufus Simpson. Unas explosiones que nos fueron transmitidas a las once y veintisiete. La servidumbre gaseada con lacrimógenas, del tipo de

las que les largaron a ustedes. ¡Por todos los santos del paraíso mahometano! ¿Es que ustedes son dos párvulos? ¿Cómo es posible que se dejaran meter por las narices un pepino de mostaza? Hable, Halifax.

—Entrábamos en la Michigan, cuando de pronto, hinqué el pie izquierdo, y pude arrimar al bordillo, antes de perder el sentido, convencido de que mis pulmones iban a reventar, y que por toda mi cara me habían pintado con brocha gorda mojada de amoníaco. Yo no pude ver al que echó la lacrimógena, señor.

—Tampoco yo, señor. Es la primera vez que me «gasean», y no creí que los efectos fueran tan rápidos y desagradables.

—El que la tiró tenía los guantes puestos. Pero salvo ser un campeón de pelota base, para tirarla tuvo que acercarse. Usted hasta esta misma noche, tenía una vista excepcional, Logan.

—No vi nada ni a nadie, señor. Estornudé, tosí, me arañé la cara y el pecho, y cuando empecé a respirar tenía encima la cara del doctor, que me inhalaba en la garganta.

—¡Esto ya me lo sé! Concretamente, ahora se me va a echar encima el comisario. Ustedes hubieran capturado a los que mataron a Rufus Simpson, si no se dejan meter el pepino de mostaza. Vayan a dormir, y mañana a primera hora, firmarán la declaración.

En el corredor, Burt Halifax murmuró:

—Está apenado el oso.

—Pero respira libremente, Burt. Anda, no te preocupes. Ya encontrarán a los que nos echaron la lacrimógena, y mataron a Simpson.

—Rufus Simpson es el tratante en joyas, ¿no?

Al día siguiente los periódicos publicaban con grandes titulares el asesinato de Rufus Simpson. Reproducían el misterioso dibujo que con jactancia extraña habían dejado los autores.

Una tirilla de recortables para niños, que reproducía en colores los «Siete Enanitos» del dibujo animado de «Blanca Nieves».

Y la cara y cuerpo de Rufus Simpson estaban bárbaramente lacerados por hondos surcos, como los que pudiera producir la zarpa de un tigre.

Los vendedores voceaban con sensacionalista afán:

—¡La «Banda de la Zarpa»!

—¡El asesinato de los «Siete Enanitos»!

—¡Un millón en piedras preciosas!

—¡El «hombre-tigre»!

James Anderson en su despacho, palmeaba encima de un montón de periódicos:

—La «Zarpa», los «Siete Gnomos», el «hombre-tigre»… ¡Y ustedes tienen la culpa, maldición!

De paisano, Halifax y Logan, estaban dispuestos a soportar estoicamente cuantas invectivas se le ocurrieran al inspector. Pero, Anderson no abusó de sus prerrogativas. Más bien, estuvo conciliatorio:

—La criminalidad ha disminuido desde que la ciudad de Chicago está dividida en diez secciones, por las que desde las siete de la noche, a las cinco de la madrugada, patrullan constantemente nuestros coches. Pero, también, cuando como en este caso los delincuentes podrían haber sido atrapados, y escapan, porque ustedes han sido tan ineptos que no vieron lanzar el gas recibimos la gran bronca de la jefatura. Hay más. Este caso, ha suscitado una ola de terror, en el distrito Sudeste.

James Anderson señaló en el mapa mural, el dédalo de calles, cuya vigilancia nocturna estaba encomendada a los varios coches de la «Tercera Sección», las paralelas cuyo recorrido pertenecía al «22».

—El ochenta y tres de la Michigan, es casa de dos plantas, propiedad de Rufus Simpson. Las dos casas colindantes, están separadas por unos metros, de jardín. Tanto la servidumbre como los vecinos, coinciden en una declaración: oyeron el clásico rugir del tigre.

Y James Anderson se cruzó de brazos, con indignación:

—Es imposible hacerles comprender que ningún tigre por más listo que sea, puede lanzar lacrimógenas. La cocinera de Simpson afirma que eran zarpas de tigre las que «gasearon» la cocina, donde cenaban el chofer, la doncella y el mayordomo. Los vecinos declaran haber oído un rugir. Y por último, el forense remata la faena, especificando que la muerte de Simpson se debe a laceración del cráneo y pecho, por una zarpa netamente conforme a la de un felino de características muy semejantes al tigre.

Burt Halifax estornudó violentamente, y Anderson le miró con furia como si viera en ello, menoscabo de su autoridad.

Intervino Logan:

—Un tigre no se lleva un millón en joyas, ni deja una tirilla de muñecos recortables, representando los «Siete Enanos».

—Su talento me pasma, Logan. ¿No quiere usted demostrar que es un cerebro apto para el «F.B.I.»? Encaje las piezas del rompecabezas en el sitio que corresponden: el tigre, la zarpa asesina, y la tirilla de títeres, y cuando me traiga el problema resuelto, olvidaré su torpeza. Tiene cada día catorce horas libres. Empléelas en resolver este maldito asunto. Y ahora escúchenme bien: si vuelven a dejarse gasear estúpidamente, les reservo una plaza magnífica, de gran porvenir. El sótano, donde con cubos, manguera y trapos le sacarán brillo a los coches, hasta que me muera yo de viejo.

En la calle, Burt Halifax comentó:

—También es mala suerte, que nuestro primer tropiezo, lo hayamos dado en un asunto que ha levantado tanta polvareda. Verás cómo esta noche, todos los periódicos «rugen».

Y en efecto, las ediciones de la tarde, lanzaban con grandes titulares, al «hombre-tigre», que pasaba a ocupar el primer plano de la actualidad.

La policía había efectuado las detenciones habituales, presentando en ronda bajo los focos, malhechores siempre sospechosos. La servidumbre de Rufus Simpson no podía identificar a ninguno, ya que persistían en que entrevieron zarpas de tigre y un rostro que confusamente describían como horrible y peludo, con melenas a los lados, colmillos…

A las siete de la tarde, el servicio de coches patrulla, se triplicó como en los «estados de alarma».

Nada nuevo sucedió y en el distrito Sudeste volvió la calma, reanudándose el servicio normal.

Burt Halifax estaba ya curado de su afección gripal. La rutina volvía, pero el caso del «hombre-tigre» seguía siendo un enigma, en cuyo descubrimiento colaboraban la «Metropolitana» y el
«F. B. I.».

Todos los días, de doce a una y media, Regis Logan acudía al gimnasio de la Calle de Halsted, donde practicaba el boxeo, lucha, yudo, y la rítmica acrobática.

Y como siempre a la una y treinta y cinco, después de la ducha se tendía en la mesa de masaje.

Lars Haines, descendiente de noruegos, era el primer masajista del gimnasio. Un hombre elegante, frío, más que taciturno.

Doce días después de la primera aparición del «hombre-tigre», mientras los músculos de Regis Logan se descongestionaban del reciente ejercicio, bajo las presiones, palmoteos y pellizcos del masajista noruego, éste se limitó a decir:

—A las veintitrés treinta, en la calle 47.

Regis Logan crispó las mandíbulas. Y al incorporarse, para empezar a vestirse, dijo:

—¿No me dijo usted que habría una muerte, Haines?

El masajista, untándose las manos con colonia, se encogió de hombros, al replicar:

—Tengo que repetirle otra vez, Logan, que sólo soy un portavoz.

Por la noche el «22» rodaba a lento tren por la Michigan, y a las once en punto, Burt Halifax lo detuvo en el cruce con la calle 43.

Como siempre, el motor en marcha, y la palanca en alto, esperando la voz que les haría acudir a cualquier punto del distrito Sudeste.

—Últimamente eres distinto, Rex. Me conoces lo suficiente, para saber que no me gusta meterme en tus asuntos. No te hice ningún reproche cuando dejaste a Marion.

Regis Logan en aquel instante hubiera dado cualquier cosa, con tal de que el altavoz interrumpiese a Burt Halifax. Pero la redecilla que transmitía órdenes, estaba muda y en cambio Halifax, que hasta entonces, nunca había comentado el molesto asunto, parecía aquella noche dispuesto a romper su discreta y diplomática conducta.

—Tú y mi hija os entendíais perfectamente, Rex. Yo te tengo aprecio y en el fondo, me pareció más propio de tu hombría que rompieras tus largas, relaciones con Marion, que engañarla como hubiera hecho otro. No te sientas molesto, Rex. Si te enamoraste de otra, yo no te culpo. Más valió que te dieras cuenta antes.

—Es difícil explicártelo, Burt. Tu hija era para mí y sigue siéndolo, la muchacha mejor del mundo. Buena, sencilla, la ideal esposa.

—Pero Beryl Kolner te sorbió el seso. Lo tiene todo: belleza dinero, inteligencia.

—¡Burt! Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

—No eres el de siempre, Rex. Nunca fuiste de los que esquivan las explicaciones. Cuando me dijiste que estabas enamorado de Beryl Kolner, lo sentí por Marion, porque ella te quería y sigue queriéndote. Pero no íbamos a enfadarnos tú y yo, porque te repito que preferí fueras sincero conmigo, ya que mi hija…

—¡«Atención, 22»! ¡«Atención, 22»! ¡Avenida Jefferson ochenta y nueve! ¡Almacén granos!

El coche arrancaba ya hacia el lugar que la emisora señalaba.

—«¡Ochenta y nueve, Jefferson! ¡Bajos! Suena el timbre de alarma».

Aplicó Logan la mano para acallar el altavoz, cuando ya el coche se detenía ante el almacén instalado en los bajos del número ochenta y nueve de la Avenida Jefferson.

Seguía repiqueteando el timbre de alarma, y en las escaleras de los edificios contiguos se apiñaban curiosos, en batín y zapatillas.

Saltó Logan para golpear en la ventana. Nerviosamente miró su reloj pulsera. Las once y catorce minutos.

El vigilante nocturno del almacén no contestaba. Regis Logan pegó un puntapié al ventanal que a ras de suelo, se abrió de par en par. Se deslizó saltando al interior, pistola en mano.

Fué enfocando la linterna. Sacos apilados en corredores. Un silencio absoluto, sólo truncado por el tintineo agudo del timbre de alarma.

Al exterior acudían ya dos policías de «a pie».

La linterna de Logan iluminó un cuerpo acurrucado, bajo el cuadrante de los plomos y conexiones eléctricas del almacén.

Conectó la palanca de luz, y varios arcos voltaicos inundaron de blancura el almacén. Por la ventana abierta se deslizaban ya los dos policías.

Regis Logan auscultaba al vigilante nocturno, y al tener junto a sus rodillas los pies de los policías acudidos, explicó:

—Un colapso. No tiene huellas ni señales de violencia. Debió sentirse enfermo, y le quedó el tiempo justo para tirar del resorte de alarma. Queda en vuestras manos.

—Descuida. Haremos el parte, compañero.

Regis Logan salió normalmente abriendo la puerta, y al emerger de los escalones, disgregó a los curiosos, aventándolos con abaniqueos de las manos:

—A dormir, ciudadanos. Un simple colapso. A dormir.

Uno de los que se retiraban, comentó:

—Mejor que sea así, guardia. Por un momento, todos creímos que a no tardar íbamos a oír las explosiones y el rugir del tigre.

Crispó Logan las mandíbulas. Sí… No iba a tardar el rugir del tigre y las explosiones.

Burt Halifax viró un poco a la derecha apartándose del bordillo.

—¿Qué era, Rex?

—El vigilante que le falló el corazón, pero tuvo tiempo de agarrarse a la alarma.

Otro coche se cruzó y ambos aminoraron la marcha. Los cuatro agentes de paisano «la brigadilla de refuerzo» de la 3. ª Sección.

—Colapso del vigilante —informó Logan—. Nada. Están ya los de «a pie».

El «22» continuó su ruta habitual. Un lento recorrido por el exterior del cuadro de una milla por lado.

Regis Logan miró nerviosamente su reloj pulsera: las once y veintisiete. Dijo sin mirar al que conducía:

—Escucha, Burt. Pase lo que pase, algún día me perdonarás.

—¡Muchacho! —sonrió extrañado Halifax—. Yo ya te he comprendido, y Marion no es ninguna harpía. Te quiere, pero considera que si has de ser feliz con Beryl, a ella le pertenece sacri…

—¡«22, 22»! —Y el altavoz llamó con la característica urgencia de los casos graves—. ¡«Número 66 de la 47»! ¡A escape! ¡Explosiones de lacrimógenas! ¡A escape!.

Burt Halifax demostró su pericia de conductor, tomando un viraje sobre dos ruedas, y estabilizando en lanzamiento disparado al máximo del cuentamillas.

Gruñó:

—Ojo, Rex… Esta vez que no se repita la faena. Ojo, Rex.

Embalado a toda marcha, el «22» penetró en la calle 47. Burt Halifax además de conducir, tenía sus sentidos tensos en observación de su «banda».

A la izquierda, por la acera, nadie sospechoso. Una pareja en un banco, cogidas las manos, dos transeúntes…, pero ya a media calle, varios otros corriendo en dirección opuesta al número 66.

Regis Logan tenía la zurda en el bolsillo de su guerrera. El

guante rodeó la pequeña lacrimógena. La sacó.

—¡Mira, Rex! ¡Dispara, Rex! —gritó Halifax.

Regis Logan dejó caer la pequeña esfera, que al instante levantó entre las piernas de ambos, una humareda densa y acre; simultánea con la explosión.

Burt Halifax, maquinalmente, frenó, avanzando el pie y aferrándose al doble freno. Toses, estornudos, lagrimeos, una creciente asfixia y el coche «22» resbalando al brusco frenazo sobre el mojado asfalto vino a inmovilizarse atravesado, con sus dos ocupantes envueltos en densa y sofocante humareda que los desmadejaba sin sentido.

CAPÍTULO III

EL INEVITABLE REPORTER

La voz que llegaba como desde lejos a oídos de Burt Halifax, era desagradable, y a la vez, persuasiva:

—… sea sensato, viejo. Usted no es una niña histérica, Halifax. No me vuelva a repetir que vió a un hombre-tigre.

Y James Anderson inclinado sobre la cama, asía por el cuello de la camisa a Burt Halifax, cuya cara estaba untada copiosamente de grasa balsámica.

Cerrados los ojos ribeteados de rojo, Burt Halifax iba recuperando el pleno sentido. Replicó rabioso:

—¡Lo vi perfectamente! ¡Saltaba por una ventana del 66! Le dije a Rex que disparase y entonces, estalló el condenado trasto.

—Eso ya me lo sé, Halifax. Oiga, viejo. ¿Qué vió usted? No diga sandeces, y hable con precisión.

—Un hombre de estatura mediana, anchas espaldas, ropa castaño —empezó a recitar Burt Halifax, mientras sobre sus párpados, el médico de la tercera Sección, aplicaba con un pincel la pomada calmante—. Se destacaba, porque atrás había luz, en el cuarto que él estaba dejando. Y no me insulte, inspector Anderson, porque ya no soy un subordinado. Ya pueden recoger mis prendas, chapa y pistola. No las volveré a emplear hasta que con mis propias manos, si es preciso, no les traiga yo mismo a este… ¡esta bestia!

—Cálmese, viejo. Usted es el del volante. No es, pues, responsable. Describa lo que vió.

—Era un hombre, porque andaba erguido, y saltó la ventana como lo haría un buen gimnasta. Pero no llevaba sombrero ni corbata sino unas melenas pardas, pelo del mismo color por la cara. Una boca extraña, color negro, donde relucían dos colmillos… ¡Una cabeza de tigre! Y estoy dispuesto a jurarlo ante veinte tribunales,

inspector. Y usted me acepta ahora mismo la dimisión.

—Ya está bien, Halifax. Ahora, duerma, y mañana seguiremos hablando. Le repito que no debe ponerse furioso. Usted es el del volante.

Un ronco sollozo quedó disimulado en el pecho de Halifax, porque a la vez le dió un ataque de tos.

James Anderson miró significativamente al médico, que hincó la aguja hipodérmica en el brazo de Halifax, que dejó de estremecerse.

Eran exactamente las doce y media de la noche. James Anderson tuvo un gesto poco acorde con su áspero carácter. Acarició la cabeza de Burt Halifax antes de abandonar la enfermería.

En su despacho, encontró al larguirucho Byron Rokland, que se intitulaba a sí mismo, periodista libre.

Byron Rokland, graduado de la Universidad de Springfield, escribía poemas a los dieciocho años. A los veintidós, redactaba los partes da guerra en el Pacífico. A los veintiséis, tuvo éxito publicando las memorias de un camillero, que abarcaban desde el bombardeo de la Bahía de las Perlas, hasta la firma de la paz por el general Mac Arthur.

A los treinta años, Byron Rokland mandaba reportajes a diversas publicaciones, sobre temas muy diversos, pero marcados por un común denominador: escándalo.

El inspector James Anderson le miró con poca simpatía:

—Los tipos como usted terminan siempre, mal, Rokland. Usted se cree valiente, listo y genial. Y hasta hoy, le han consentido demasiadas libertades. Emplea el arma más asquerosa: una pluma estilográfica.

—Error, jefe. Empleo máquina de escribir, silenciosa, «Remington». Ya me ha llamado antes «bicho venenoso», y he encajado sin rechistar. Usted defiende la honorabilidad de los patrullas, y yo me limito a exponer una serie de coincidencias.

—Usted ha insinuado la culpabilidad de un honrado y excelente muchacho que está a mis órdenes.

—Todavía no he publicado nada, Anderson. La primera aparición del hombre-tigre me cautivó. Era original, y había asunto para satisfacer al público mayoritario: porteras, mecanógrafas, catedráticos y tenderos, porque todos a una, se entusiasman leyendo folletines.

—Vamos al grano, Rokland. ¿Cómo podía usted saber que el hombre-tigre iba a aparecer por segunda vez?

—No lo sabía. Si he perdido doce noches, dormitando en un banco de la centralilla de los patrullas, me considero bien compensado, ya que esta noche, cuando el agente de servicio se puso nervioso, llamando al «22», y hablando de explosiones y rugidos, tuve la fortuna de acudir dos minutos después del refuerzo, y ver que tanto Halifax como Logan estaban «gaseados», al igual que la otra vez.

James Anderson fingía escuchar con resignación, pero en realidad, atendía con avidez al larguirucho periodista.

—También la servidumbre estaba gaseada, y una zarpa había destrozado cara y pecho de Henry Butler, también tratante en piedras preciosas. Esta vez no hubo robo. Pero como en el caso anterior, lacrimógenas y rugidos. Y la tirilla con los siete enanos, junto al cadáver de Butler. Mañana los periódicos pedirán la cabeza del inspector James Anderson, que manda a sus hombres a respirar gas de mostaza, para permitir que luego se escape el hombre-tigre. Yo no soy un bicho venenoso, ni hablo sin fundamento. Voy atando cabos… ¿No es considerado Regis Logan algo así como un superhombre digno de que el mismo F. B. I. lo solicite? Y en su hoja de servicios consta que es el más eficaz patrullero de Chicago, casi el que con su sola presencia apacigua los ánimos más exaltados, y poseedor de un historial atlético que haría palidecer de envidia a un campeón olímpico.

—Usted ha estado en la última contienda, y ya que desgraciadamente regresó de ella, dígame lo que puede hacer un hombre cuando tiene los pulmones rellenos de asfixia y los ojos, narices y boca, obturados. Además, dígame también si está dispuesto a sostener ante el propio interesado, sus malévolas insinuaciones.

Byron Rokland fué cordial en su respuesta:

—Mire, Anderson, usted me recuerda al comandante que defiende sus oficiales, con temor de que los acusen. Yo siento simpatía por usted y todos los que exponen la piel en la defensa nocturna del sueño ciudadano. Pero comprenderá que si he insinuado, es porque no me voy a achicar.

—Se expone a que Logan le rompa la cara, plumífero.

—Que primero rompa las bases de mi acusación. Hasta las cuatro de la mañana, cualquier periódico me acepta reportajes si son del género candente. Yo no me escudo tras el poder de la prensa. Me limito a exponer unas deducciones que comprometen a Regis Logan. Que él mismo las rebata. Y a todo esto, jefe, ¿qué hay de un traguito?

—Le hará falta. En aquel armario hay coñac. Sírvase.

Mientras se escanciaba una generosa ración, Byron Rokland repitió:

—Le juro que en cierto modo, me revienta amargarle la madrugada, Anderson, pero sí de la discusión nace la luz, casi prefiero que Logan me convierta en alfombrilla vapuleada, a riesgo de perder el físico y un magnífico artículo que demuestre mis dotes deductivas, antes que ver empañado el honorable pabellón de los patrulleros.

Vaciaba Rokland el vaso, cuando entraba Regis Logan. En su cara engrasada se notaban los recientes efectos de la lacrimógena, y unas gafas de negros cristales protegían sus semicerrados ojos.

James Anderson tardó en hallar una fórmula de presentación:

—Agente Regis Logan, le voy a enfrentar con el periodista independiente Byron Rokland, excombatiente, y muy orgulloso de haber acertado en varios casos criminales.

Byron Rokland ondeó una mano en saludo cordial.

—Usted ya habrá oído comentar la impertinencia de los periodistas, Logan. Yo no pretendo ofenderle, sino aclarar unas extrañas coincidencias. He expuesto ya a su jefe mis deducciones. Voy a repetírselas, y es usted muy libre de contestar, o de pegar.

—Siempre dejo que peguen primero, Rokland. Es mi obligación.

—Bien contestado. Su jefe me ha calificado de bicho venenoso, porque le aprecia, Logan. Yo le acabo de conocer personalmente.

—Rompa el fuego, amigo —dijo sombríamente Logan.

Ambos estaban en pie a una distancia de cinco pasos. James Anderson se había sentado tras su mesa.

—Dígame, agente Logan, ¿suele usted llevar los guantes siempre abrochados en sus turnos de servicio?

—Salvo en julio y agosto, sí.

—En un coche lanzado a gran velocidad, con capota, ¿no le

parece una verdadera hazaña colocar una lacrimógena precisamente entre las piernas del conductor y su ayudante?

El periodista se reclinaba en el respaldo de una silla.

—Concrete —dijo Logan.

—Con la organización de coches patrullas, los asesinos han aprendido una cosa: deben actuar sin ruido, porque caso contrario, cualquier vecino llama por teléfono, y al instante, un bólido acude al lugar ruidoso. En los dos casos tanto en la muerte de Simpson como en la de Butler, emplean lacrimógenas, que al estallar causan el suficiente ruido para en la noche alarmar a cualquier vecino. Y en los dos casos, el coche patrulla, cerca ya del lugar del crimen, se inmoviliza, inutilizados sus dos ocupantes. Y yo considero netamente imposible que una mano pueda lanzar la lacrimógena sin que usted o Halifax se den cuenta. Lo hubiera admitido como posible azar la primera vez. La segunda, no. Y concretamente, agente Logan, yo sugiero que la mano enguantada del agente Logan fue la que dejó caer la lacrimógena en el «22», permitiendo así al asesino, o asesinos, escapar libremente. Y es más… no hubieran actuado con explosivos, de no saber que el «22», de turno en el distrito sudeste, no les cortaría la retirada.

James Anderson esperaba ansiosamente, temiendo que sus nacientes sospechas se confirmaran. El periodista como excombatiente y corresponsal de guerra, tenía cierta práctica en prevenir ataques.

Pero la reacción de Regis Logan fué totalmente inesperada. Tenía los dos pulgares insertos en su cinto, y declaró con voz monótona:

—Voy a intentar salir de este despacho, inspector Anderson. Si este periodista listo, o usted, quieren impedírmelo lo sentiré mucho, pero inutilizaré al que piense prohibirme la salida.

James Anderson habló con autoritaria rudeza:

—Estése quieto, Rokland. No sea imbécil. Prefiero enfrentarme con la justa cólera de mis superiores, a recogerle hecho pedazos. Deje que este traidor salga tranquilamente. ¡Lo exijo, Rokland! Si estuviera yo sólo con este… indecente sujeto, no se iría. ¡Largo de aquí, Regis Logan, largo de aquí! Vete tranquilo, porque no matarás a nadie más por mi culpa. Vete tranquilo, Regis Logan, porque te juro que apenas pises la calle, vas a convertirte en el más cobarde y

asustadizo de los gusanos.

Regis Logan iba retrocediendo, y en salto elástico, cruzó la puerta, cuyo batiente chocó apenas hubo salido.

—¡Quieto, Rokland, maldición!

Y el periodista que se disponía a perseguirle, frenó su impulso porque le apenaba la inmensa tristeza que había en la habitual expresión de perro dogo del inspector James Anderson.

—No quiero que caiga muerto ninguno de mis hombres, ahora. Sería demasiado para una sola noche. Es la primera vez, que se demuestra que uno de mis agentes es algo peor que un criminal. Deme un trago, plumífero. No se preocupe por los pasos de Logan. Aunque vuele, no ha llegado aún a la calle. Cortarle el paso ahora, sería exponer la vida de mis muchachos, que no sabrían reaccionar como es debido. Gracias, periodista. Usted me ha comprendido.

Compasivamente, Rokland mascculló:

—Lo siento, jefe. Ha sido un feo momento para usted. Y tiene razón. Es mejor que atrapen a Logan, fuera. Cuando ya sus muchachos sepan que por vez primera, en el limpio historial de los patrulleros, entre ellos había un incalificable sujeto.

James Anderson acabó de beber, y resumió su cálculo:

—Ya ha tenido tiempo de llegar a la calle.

Bajó la palanca, y con entonación monótona, recitó:

—Conecte con todas las centralillas, en llamada preferente de urgencia. Conecte con todas las centralillas en llamada preferente de urgencia. Comunique.

La voz del agente de servicio, replicó:

—Conectadas, señor.

—Orden de captura de Regis Logan, acusado de complicidad en los asesinatos de Rufus Simpson y Henry Butler. Código A, aplicación rigurosa. Repita.

Al otro extremo de la conexión, el agente tragó saliva, pero con matemática precisión repitió palabra por palabra.

James Anderson cerró, para conectar con otro departamento.

—Descripción física de Regis Logan, transmitida a patrullas y tráfico de todos los distritos. Código A, aplicación rigurosa. Repita.

Cerró y se frotó el rostro con las dos manos, como si pretendiera borrar una mueca muy semejante al principio del gimoteo de una rabieta infantil. Por entre sus dedos, dijo:

—Gracias, Rokland. Y por si no lo sabe, quiero aclararle que el código A, aplicación rigurosa, viene a significar que dondequiera, sea hallado y dándole el alto preventivo, Regis Logan de no alzar con suma rapidez los brazos, será acribillado. Y en estos mismos instantes, en rededor de la ciudad, se van cerrando los anillos conjuntos de todo el organismo policial, metropolitana y federal. Puede publicar su artículo, Rokland. Se lo ha ganado.

El periodista murmuró:

—Créame que es la primera vez que no me complace, pero dejaré en buen lugar la limpieza de historial del cuerpo, inspector.

Y mientras desde el teléfono de su casa, iba dictando el sensacional artículo, Byron Rokland no podía evitar el pensar en tres imágenes muy distintas: Un inspector a punto de llorar, un expatrullero dispuesto a no dejarse aplicar el «Código A, aplicación rigurosa»… y él mismo, teniendo que pensar en la posible visita del misterioso «hombre-tigre».

No era precisamente un cobarde, pero respingó en su asiento, crispando la diestra en rededor del aparato telefónico, cuando sonó el timbrazo de su piso.

—… Un instante, y prosigo. No cuelgues.

Estaban cerradas todas las ventanas y su puerta tenía cerrojo doble. Descorrió la mirilla y ladeándose, preguntó:

—¿Quién es? Son las dos de la madrugada.

—No hace falta que abra, señor Rokland —dijo una voz amistosa —. Nos envía el inspector Anderson. Duerma tranquilamente. Yo estoy en el pasillo, y un compañero mío en el rellano. En la calle, otros dos. O sea, que duerma tranquilo, señor Rokland.

—Vaya. Veo que el inspector me aprecia, y no quiere que me encuentren con el físico arañado. ¿Quiere un trago, amigo?

—De servicio no nos dejan empinar el codo, señor Rokland. Cuando luzca el día, ya le pediremos un café bien cargado.

Cerró Rokland la mirilla, regresando al teléfono, donde ansiosamente el redactor-jefe preguntó:

—¿Truco para darte importancia, Roky?

—Puedes añadir que tengo cuatro policías custodiándome. En realidad, yo soy el que ha desenmascarado la doble vida de Rex Logan.

CAPÍTULO IV

UN REFUGIO

Rex Logan se alzó el cuello del impermeable que acababa de recoger en el cuerpo de guardia. Lloviznaba, y una tenue neblina desdibujaba los contornos de los coches detenidos ante el umbral, pertenecientes a brigadillas de refuerzo.

Reinaba gran actividad en el interior del edificio, sede central de las patrullas del distrito Sudeste de Chicago.

Apenas dobló la esquina de la 51, para internarse en la amplia Avenida de Garfield, que conducía al elegante barrio ribereño de «Gold Coast», Rex Logan comprendió que en aquellos mismos momentos iba a empezar la caza del hombre.

Era él la pieza, él a quien acababan de saludar dos policías de «a pie». El último contacto normal.

Apretó el paso, y la desértica soledad se hizo mayor en el lujoso barrio señorial de la «Gold Coast». Dos millas de estrecha franja arenosa, artificialmente elaborada en playa, para los ocupantes de los edificios de estilo Victoriano, entre los que destacaba con sus veinte pisos, el famoso «Hotel Drake».

Un barrio considerado como un mundo aparte para la mayoría de los habitantes de Chicago, porque en él residen sólidas riquezas familiares, transmitidas y acrecentadas por los años, gozando del privilegio de rodear sus moradas con extensos parques.

Un cerrado círculo social tan cerrado que hasta sus playas particulares, están cercadas con setos, y son privados los embarcaderos para canoas y yates.

Un incendio arrasó una de las propiedades, y en ella se edificó el «Hotel Drake», cuyas tarifas estaban de acuerdo con el privilegiado lugar que ocupaba.

En el embarcadero del «Hotel Drake» había siempre diversas

clases de embarcaciones, desde el balandro hasta el yate. Una gabarra había sido transformada en gimnasio flotante para uso exclusivo de los huéspedes del hotel «Drake».

Era también domicilio de Lars Haines, el atleta noruego, masajista muy solicitado, que aquella noche hacía una excepción. No se había acostado a la hora acostumbrada.

Estaba al volante de su propio dos plazas, en el extremo de la Garfield, desde la medianoche, y en el preciso lugar que le indicó a Logan.

Abundaban por la avenida los coches detenidos, de regreso de teatros, y lugares de diversión. Alguien conocedor del Bosque de Bolonia parisiense, había comparado el final de la arboleda de Gardfield, con el galante bosque francés.

La portezuela se abrió, y Logan sentóse.

—Ha sucedido lo inevitable y ya se lo previne, Haines. Era absurdo obligarme a emplear por segunda vez el mismo procedimiento. Era casi como si tuvieran empeño en convertirme en lo que ahora soy: un fugitivo en peores condiciones que cualquier criminal, porque la policía puede tener ciertas contemplaciones con un delincuente, pero es implacable con el que llaman «cordero», es decir, el agente traidor.

Lars Haines, flemáticamente conducía pendiente abajo, hacia la gran alameda del hotel, y su espigón final, rompeolas y embarcadero.

—Hay una cosa que me ha intrigado desde un principio, Haines. ¿Tan poco aprecio le tiene usted a la vida?

—En la gabarra, Logan, estaremos cómodos y como supongo que no tiene el menor sueño, podrá interrogarme cuanto quiera.

El coche se deslizó por el embarcadero, limitándose el noruego a encender y apagar por dos veces el foco amarillo lateral, contraseña de empleados del hotel.

Poco después quedaba encerrado en el diminuto hangar, que por la otra parte comunicaba por pasarela cubierta con la popa de la gabarra, sólidamente anclada por cuatro puntos.

A veces el lago Michigan ondulaba como un mar en miniatura, pero con tormentosa violencia.

La gabarra no tenía más habitante nocturno que Lars Haines, y la popa se dividía en tres salas estrechas, amuebladas estrictamente:

cocina-comedor, dormitorio de dos literas superpuestas, y saloncito.

A proa, un toldo cubría el solárium, y el centro era plataforma para los que practicaban la zambullida con profesor olímpico, y con miras a asombrar en piscinas públicas.

Un ambiente muy íntimo caracterizaba el saloncito, de luces tamizadas indirectamente, bar empotrado, diván angular, dos sillones y mesa de juego.

—Póngase cómodo, Logan. Aquella puerta le permitirá entrar en el tubo de aseo. Le llamo tubo porque en el menor espacio he condensado las máximas comodidades.

Rex Logan había ya enrollado su impermeable y guerrera, en rededor de su gorra y cinto. En mangas de camisa, fué a sentarse en la esquina central que formaban los dos lados del diván.

—Hace quince días, usted se jugó la vida, Haines.

—Haga su deducción. O mi vida la considero de muy escaso valor, o el precio que recibí por jugármela, me satisfizo.

—Usted tiene la seguridad de que al menos por esta noche, aquí no me encontrarán. Pero lo que para mí es incomprensible, es cómo se dió usted a sí mismo la certeza de que al oír yo su proposición, no iba a conducirle a mi… al inspector Anderson.

El noruego, que había atraído hacia sí una plancha de madera, del bar empotrado, se confeccionaba un «grogg», con movimientos precisos. Agua caliente de un voluminoso termo, dos rodajas de limón de un cilindro cortador, cuyo cristal transparentaba el amarillo fruto, y sobre dos terrones de azúcar en una cuchara atravesada, en la boca del alto vaso, vertía delicadamente unas gotas de ron.

Sin volverse contestó:

—Yo no reflexioné en absoluto, Logan. Quien me compró, me convenció. ¿Quiere un «grogg»?

—Cuando tenga sed, ya beberé. Tengo la cara ardiendo, Haines, y los pulmones medio quemados. ¿Se ha detenido a pensar que hubo una jugada muy sucia en su chantaje?

El noruego americanizado, paladeó el primer sorbo de «grogg», y chasqueó la lengua como encontrándolo de su gusto.

—Comprendo perfectamente que usted me insulte, Logan, y si me aventuré al riesgo hace quince días…

—Eligió el momento más oportuno. Hoy sé ya que no fué una

pesadilla. Pero tardé unas horas en reaccionar. Le estoy viendo aún, cuando inclinado sobre mí, triturándome científicamente el plexo solar, me dijo usted con esta cara de madera que le personifica: «Le ruego aspire a fondo, Logan. Cualquier arrebato violento, tendrá como consecuencia un fatal desenlace para Beryl Kolner».

Sentándose en uno de los sillones, al otro lado de la mesa cubierta con el verde terciopelo, Lars Haines seguía siendo la fría encarnación de un esbelto atleta rubio de bronceada piel.

—Y no tuve arrebato violento. Usted continuó, y recuerdo que entonces le correspondía masajearme la nuca y omoplatos, y me di vuelta, maquinalmente.

Quince días antes, mientras le masajeaba la nuca, dijo Haines:

»—Soy simplemente un emisario. Naturalmente negaré ante quien sea, alegando que hay extravío mental en usted, si pretende que repita lo que habló ahora. Su novia Beryl está siendo bien atendida, por quien me ordenó le transmitiera, determinadas instrucciones. Si quiere volver a ver en perfecto estado de salud, sólo tendrá que aguardar a lo sumo quince días».

Y el masajista había añadido en todo muy profesional:

»—Debe trabajar más el dorsal derecho, Logan. Está algo tendinoso».

Rex Logan permanecía boca abajo, como el luchador conmocionado. Lars Haines terminó su masaje, y abandonó la salita.

Y ahora, quince noches después, Rex Logan murmuraba:

—Cuando me dió la primera lacrimógena, y me indicó que a las once y treinta, la empleara ante el número ochenta y tres de la Avenida de Michigan, se limitó a decirme que habría un robo. No habló de asesinato melodramático.

—Créame o no, pero yo entonces lo ignoraba.

—¿Lo ignoraba también este mediodía?

—Me limité a colocar la lacrimógena en su bolsillo, Logan, y citarle hora y lugar, así como indicare sitio de reunión, comprendí que sería posible que se cumplieran sus malos presagios.

—Su jefe, Haines… ¿contó con que me iba a convertir en un desesperado?

—Tengo la impresión de que le calibran muy inteligente, Logan, pero con un solo fallo: su apasionamiento por Beryl Kolner.

—Cuando leí la carta escrita por ella, comprendí que si quería

volverla a ver, debía renunciar a un futuro legal. Pero hay algo a lo que no he renunciado, Haines. Trate de adivinarlo.

—Posiblemente quiere advertirme, que puesto que soy su único medio de enlace, desea volver a ver en perfecto estado de salud a su novia. Quien me ha pagado espléndidamente, cumple si cumplen, Logan. Señale usted mismo la hora, a partir de mañana a las ocho, y podrá hablar con Beryl Kolner.

—¿Dónde está?

—Si lo supiera correría un grave peligro.

—Lo está corriendo, Haines. Me han convertido en un cómplice de doble asesinato. Perdido por uno, tanto da perderse por dos o tres.

—Si no han calculado mal su intelecto, usted ya fatalmente, ha de resignarse a huir al extranjero con Beryl Kolner. Matándome a mí, o tratando de hacerme hablar, nada resolverá. Yo ignoro dónde está ella, pero mañana, a partir de las ocho, lo sabré. ¿Cómo? Lo sabré a partir de las ocho de la mañana. Comprenda, Logan, que la organización de la que soy un accidental peón, como usted mismo, es científicamente elaborada a prueba de riesgos. Acudieron a mi diciéndome que cierto agente de patrulla, tenía servicio en el cuadro donde se hallaban precisamente dos casas. Y que se habían informado que dicho agente, había dado muestras evidentes de anteponerlo todo, amistad, antiguo noviazgo y hasta carrera al amor que sentía por Beryl Kolner. Y me dijeron que le transmitiera lo que…

—¿Quién se lo dijo?

Lars Haines apuró el resto de su «grogg», y su bronceado rostro, enjuto, alargado, como de talla, en madera, tuvo una contracción que quería ser una sonrisa compungida.

—Me temo que me juzgará un farsante, Logan, pero puedo jurarle que hace exactamente dieciséis noches, a las once en punto de la noche, como tengo por costumbre, al disponerme a acostarme en aquella cabina, sufrí una impresión muy desagradable. Nos acusan a los que tenemos sangre de vikingos de ser muy supersticiosos. Yo nací en Chicago, y me precio de tener un sistema nervioso a prueba de choques. Sin embargo, no pude evitar un estremecimiento, cuando al entrar allí y encender la luz, me vi frente a un tigre vestido de hombre, o a un hombre vestido de tigre,

como prefiera.

—Si no fuera trágico, sería grotesco, Haines.

—Exactamente de acuerdo, Logan. Era trágico y grotesco. Tardé bastante en reponerme. Una zarpa de tigre empuñando una pistola automática con silenciador, es un espectáculo que brindo a cualquiera, cuando se dispone a recoger su pijama.

—Parece muy sincero, y casi diría algo aterrorizado. Haines.

—Ambas cosas a la vez, Logan. Me disgustaría que ahora mismo en esta cabina que usted mira fijamente a través de sus negras gafas, estuviera esperando el «hombre-tigre». Me temo que su primera reacción, Logan, no sería tan prudente como la mía.

Rex Logan tosió al respirar a fondo. Masculló:

—Ya he ido acostumbrándome a la idea de la máscara. Mi única curiosidad, es ver ante mí a Beryl Kolner. Felizmente, siendo huérfana, a nadie más que a mí, podía interesar su ausencia. Para los demás, uno de los tantos viajes. Y si tras la puerta de la cabina se encuentra el hombre que planeó las muertes de Simpson y Butler, juzgo inútil que siga preguntándole a usted, Haines, cosas que sabe mejor que nadie, él podrá contestarme.

Rex Logan sacó la pistola que tenía embutida entre la camisa y el pantalón. La arrojó encima del fardo que formaba el impermeable, la gorra, el cinto y la guerrera.

Mediaban apenas cuatro pasos hasta la puerta cerrada, que había señalado Lars Haines.

Junto a ella, Rex Logan inquirió:

—¿Le resultaría muy molesto abrir, Haines?

—De ningún modo —y el noruego acudió, para girar la manecilla, y empujar la puerta.

Rex Logan en el umbral, miró el recinto en tinieblas. Y volvió a toser al entrecortarse su respiración.

Destacaban con verde luminosidad, en parda pelambre estriada, dos grandes ojos crueles, brillantes, dotados de vida.



«destacaban dos grandes ojos crueles...»

Y la blancura de dos colmillos en negra y húmeda boca… Una cabeza de tigre…

CAPÍTULO V

LA COFRADÍA DE LA MADRUGADA

Era imposible. Totalmente imposible dormir, porque la siempre activa imaginación de Byron Rokland bullía desordenadamente.

De costumbre, solía aplicar el sistema «Carnegie», de los compartimentos estancos, disciplinándose para concentrar su pensamiento en lo que estaba haciendo.

Si escribía, de lleno a imaginar. Si dormía, de lleno a relajar músculos y mente.

Pero aquella madrugada, eran ya cerca de las tres, y Byron Rokland se removía inquieto en su cama. No era por temor, ya que cuatro agentes de la brigadilla de refuerzo de la tercera Sección, custodiaban los accesos a su piso.

Se levantó, encendió la luz, y pasó a su «leonera», que así llamaba el cuarto donde se concentraba para escribir. Junto a los estantes de libros, había una nevera.

Sacó una botella de cerveza, y la bebió a sorbos lentos. Era un cuarto «insonorizado», donde ningún ruido exterior le llegaba.

Monologó:

—Hay un mosquito que zumba, Byron. Tú lo oyes volar por la sesera, pero no lo puedes acabar de cazar. Y sin embargo, el mosquito te va a tener inquieto toda la santa noche. Lo cazarás, cuando, consigas relacionar el tigre y los siete enanos. El zumbido suena claro, Byron. Hay un tigre y siete enanos, que cierta vez zumbaron. ¿Dónde? ¿Quién te habló de siete enanos? Y fué mucho antes que apareciera muerto Rufus Simpson desgarrado por una zarpa.

Vaciada la botella, Rockland se mesó con vigor el cabello. A veces un masaje en el cuero cabelludo, le aclaraba las confusas ideas.

Pero le dolían ya las yemas de los dedos, y seguir completamente incapaz de atar cabos. Y entonces recordó que otras madrugadas, cuando se encontraba cansado de sí mismo, acudía a la «Cofradía de la Madrugada».

No era precisamente una asociación con estatutos, ni un club con cuota de entrada. Se trataba de un grupo de intelectuales, con ribetes de originalidad natural o afectada, que se reunía a partir de la medianoche, libremente en el espacioso piso de Eric Fox, el pintor.

Unas veces, había veinte personas, otras estaba a solas Eric Fox, el pintor, que declaraba que la luz del día era grosera, artificial y prosaica, porque mostraba todos los humanos defectos del mundo con crudeza hiriente.

Por esta razón, Eric Fox se despertaba a las ocho de la noche, y la cena, constituía su desayuno. A las dos de la madrugada, efectuaba una segunda comida, y a las siete de la mañana, «cenaba», manteniendo cerradas las ventanas, y echadas las cortinas, encendidas las luces.

Hacia las diez de la mañana, se acostaba. Era un buen pintor, original por temperamento, y decía que si tenía ganas de trabajar, no le molestaba la charla ajena, sino todo lo contrario.

En su piso, a partir de la medianoche, era bien recibido cualquiera que hubiera dado ya pruebas de tener «personalidad».

Y Byron Rokland era considerado un carácter por Eric Fox. El periodista marcó el número de teléfono correspondiente al piso del pintor.

Una voz femenina inquirió:

—Aquí, la Luna. ¿Qué animal terrestre está comunicando?

—Hola, Nuela. Te he reconocido. ¿Hay mucha gente? Soy Byron.

—¿Lord Byron, el sublime cojo que las enamoraba? Bienvenido seáis, *milord*.

—Ya estás bromeando, Nuela. Dile a Eric que os vaya echando a todos, porque voy para allá.

Colgó antes de oír la amable respuesta de la periodista, Nuela Parsons:

—Basta el anuncio de tu llegada, para que nos vayamos, infecto mercader de la Prensa folletinesca.

Byron Rokland volvió a vestirse. Había un problema. No quería

llevar la escolta de los cuatro agentes. Su piso tenía una salida muy discreta y personal, que en otras ocasiones le había sido muy útil.

Por el montacargas que comunicaba con el sótano, del garaje y las cocinas. Lo empleó.

Su coche arrancaba ya hacia el Este, cuando en el teléfono de la planta baja del edificio frente al domicilio de Byron Rokland, uno de los agentes, decía:

—Lamento despertarle, inspector, pero usted me ordenó le comunicase al instante, cualquier actividad. Byron Rokland acaba de emplear el montacargas para salir creyendo no ser visto.

El inspector Anderson ordenó:

—Que le sigan, y averigüen dónde se mete. No intervengan, salvo si oyen explosiones o rugidos.

Byron Rokland no podía extrañarse de que un coche siguiera su camino. Otros también le pasaban, o cruzaban. Chicago era noctámbulo, sobre todo en la larguísima Avenida Michigan, en cuyo final, al Sur, cerca del Jackson Park, residía Eric Fox.

Un piso magnifico, con salas amplias, decoradas extrañamente, con acuarios, aves disecadas, estatuas dignas de un museo de horrores, cuadros que hubieran podido colgarse por cualquier lado, sin alterar su incomprensible contenido, mobiliario diverso en cada sala, desde el rústico colonial, hasta el Chippendale legítimo.

La sala llamada «Romana» tenía triclinios y una larga mesa. Era la sede de la «Cofradía de la Madrugada».

Cuando el criado inglés abrió la puerta, Byron Rokland entregándole sombrero y abrigo, preguntó:

—¿Mucha horda invasora, Buckingham?

El criado se llamaba Albert Bucker, pero le quedó el apodo del favorito real, desde que la periodista Nuela Parsons, le encontró un gran parecido con el majestuoso amante de la reina de Francia.

El criado, verdadera personificación de la tiesura británica, movió apenas los labios, para en selecto londinense, informar:

—Honran a mi señor con su visita esta madrugada, la señorita Parsons, el caballero Donaldson y el señor Evans.

Los matices eran definitivos en boca del criado: «Señorita» le servía para designar a modelos alocadas, «caballero» a un poco honorable individuo, y «señor» al que realmente era digno de consideración.

En la sala «romana», Donaldson el dibujante, tenía ya la embriaguez subida, y reclinado de costado en un triclinio, contemplaba con mirada crítica a Nuela Parsons que en pie sobre la mesa, trataba de conservar en equilibrio sobre su cabeza una corona de rosas artificiales.

En otro triclinio, el violinista Evans, se absorbía en la búsqueda de unas notas, mirando con impaciencia el papel pautado, donde su lapicero no conseguía anotarlas.

Eric Fox en la cabecera de la mesa, se enjuagaba los dedos en una ponchera. Acababa de efectuar su «almuerzo». Era un individuo de pequeña estatura, y cabeza más bien desproporcionada, que aún resaltaba más, por lucir alborotada y larga cabellera.

Sonrió con leve inclinación para acoger en silencio a Byron Rokland que fué a sentarse en el triclinio más cercano a la cabecera ocupada por el dueño del enorme piso.

Nuela Parsons, rechoncha cuarentona, próxima a los noventa kilos, y de cara redonda, bobalicona, era un prodigio de malignidad y sus reportajes eran muy temidos porque sabía con maestría destrozar cualquier reputación artística, empleando la mejor arma, el ridículo.

Pero cuando abusaba del champaña, su bebida favorita, ella misma olvidaba que el ridículo acompañaba sus evoluciones.

Declamaba:

—¡Soy tu musa, Donald, y tus dedos adquirirán lo esencial, si mis consejos atiendes! El dibujante no lo es sólo por técnica, y dominio del color, ni sus asimilados estudios de la línea. ¡Yo te revelaré el secreto, Donald!

Byron Rokland efectuó una de sus intervenciones:

—Lo que vas a revelar, Nuela, es el color de tus ligas si sigues queriendo imitar a la hembra del elefante que quiso ser mariposa.

Desde su altura, ella miró con asco al que acababa de hablar.

—Donald, querido, fíjate bien en este conato de hombre. Se llama Byron Rokland y ha vendido su pluma al mejor postor. No comprendo cómo Eric, un genio puro, le permite la entrada.

—Será porque formo el contraste, Nuela. Yo soy el filisteo, y tú eres la musa. Oye, esta corona te sienta estupendamente. Pareces el anuncio de los neumáticos Michelin con cinco tomates en el calabacín. Y perdona la rima.

Nuela Parsons se quitó la corona, y la arrojó contra Rokland. El gesto la hizo bambolearse, pero recuperó el equilibrio.

Eric Fox encendió uno de sus largos cigarrillos. Adivinaba ya que Byron Rokland estaba buscando la manera de conseguir que la periodista y su actual protegido, Donaldson, se retiraran.

El violinista trazó unas líneas, dobló el papel pautado, y levantándose declaró:

—Adiós, Eric. Ya conseguí mi clave. Adiós, todos vosotros.

El dibujante Donaldson batió palmas:

—¡Más champaña, Buckingham!

—Un momento, querido —dijo Nuela Parsons, apeándose con cierta dificultad de la mesa, y viniendo a detenerse ante Rokland—. Beberás champaña, después, cuando apabulle a este escorzo de varón. Tú no me quieres bien, Rokland.

—Yo te quiero horrores, Musa, pero como se da la casualidad que no puedes destrozar mi reputación ya que no la tengo, me agrada hacerte saber que a tus años, deberías estar ya en cama.

Ella gritó:

—¡Donald! He sido ultrajada. Debes quitarte la chaqueta, y emprenderla a golpes con este canalla.

Donaldson asintió gravemente, y desde su triclinio, apuntando con las dos manos hacia Rokland, imitó chasqueando dedos, el disparo de una pistola, tenso el índice izquierdo:

—Mañana, a las tres de la tarde, te perforaré, infame. Mientras, reza lo que sepas.

Nuela Parsons, aceptó la copa que le tendía Eric Fox, en pie. La bebió ansiosamente, y después manifestó:

—En la Cofradía de la Madrugada es un oprobio tolerar a este producto infrahumano de la esotérica delicuescencia. Prefiero marcharme, antes de que olvide que soy una dama.

—Ya está olvidado, Nuela. Por mí, no te empeñes en esforzarte —dijo amablemente Rokland.

—¡Vámonos, Donald! El ambiente está irrespirable.

El dibujante se levantó, y con solemne entonación, confesó:

—Este pavimento se gondolea, Eric. Deberás llamar a los albañiles. Yo declaro que este suelo forma ondulaciones.

Se reclinó contra el carnoso hombro de la crítica de arte, y ambos efectuaron una salida si no muy recta, airosa.

—El equilibrista y el paquidermo —dijo Rokland.

Eric Fox, calzado con babuchas rojas, pantalón de pana azul, y pescadora amarilla, encendió otro cigarrillo.

—Has estado más agresivo que otras veces. Tenías prisa por estar a solas conmigo. Pareces preocupado, Byron.

—Tengo un mosquito zumbando, y he pensado que aquí, charlando contigo, podrás ayudarme a aplastarlo.

—Algo así como el Flit —y el pintor volvió a sentarse.

—En tu piso he oído mil historietas, y he presenciado millones de tonterías. A veces había chispazos interesantes, otras más valía ser sordo y ciego. Pero siempre he encontrado en ti un magnífico manantial de información. Estoy seguro que si te pregunto cuándo nació el que inventó la bicicleta, lo sabes.

—Por esta sala han desfilado genios y majaderos. Unos y otros, en su incesante afán de acaparar la atención ajena, hablan mucho, Y el que como tú y yo sabe escuchar, cuando conviene, saca provecho.

—Sí. Algunas de mis novelas tuvieron aquí su arranque. Y no sé si fué aquí que oí hablar de un tigre y siete enanos.

Rokland miraba al suelo. No pudo ver el respingo de Eric Fox, cuyos verdes ojos luminosos, destellaron.

—Tú ya sabes lo que quiero decir, Eric. Tenemos algo que nos escarba por el magín, latiendo adormilado, y de pronto, se despierta, pero no acabamos de darle figura y cohesión.

—Hay quien lo llama inspiración.

—No se trata de esto. Tú sabes que casi me gusta más la investigación de un caso, que su descubrimiento y publicación.

—Tus aficiones a detective te producirán un disgusto, Byron —y el hombrecillo tomó un sorbo del café que acababa de servirle el criado inglés, que se retiró tan silenciosamente como había venido.

—Cuando el caso Rufus Simpson, el mosquito cerebral no me zumbó. Pero poco a poco el absceso se iba hinchando, y esta madrugada, creo que está a punto de reventar.

Eric Fox, dilatados los ojos verdes, miraba al ensimismado escritor, con felina fijeza.

—Si puedo ayudarte a que reviente el absceso, te escucho con amistad, Byron. Otras veces, en situaciones semejantes, de nuestra conversación, surgió la luz. No en vano mi preferida lectura es la policíaca. Y para mí una novela policíaca es como un problema,

más o menos ingenuo. Hay lectura que me absorbe hasta casi la mitad. Otras, apenas las sigo hasta el tercer capítulo, y, algunas, poquísimas, tengo que llegar hasta el final. Generalmente, descubro al asesino muy pronto.

—Tú has leído el caso que llaman el Hombre-tigre… ¡Hombre, por cierto que no lo sabes todavía! Esta noche, a las once y treinta, han matado a Henry Butler, el de los diamantes.

—Yo no le conozco a este Butler.

—Quiero significar que, como hasta por la tarde, al despertarte, no leerás la prensa, no sabes que Butler ha muerto en idénticas circunstancias que Simpson.

—¿Tigre? ¿El asesino-tigre? Mi imaginación no será tan volcánica como la tuya, Byron, pero estimo que en la doble actuación del hombre-tigre hay genialidad artística.

—No la hay. Yo he descubierto que un agente patrullero del que ya te hablé, Regis Logan, más conocido por Rex, era cómplice del asesino que se calza guantes con uñas de hierro, y se cubre con mascarón de tigre, y seguramente lleva una lengüeta que imita rugidos. También junto al cadáver lacerado de Butler había la tirilla de recortables de los Siete Enanitos de Blanca Nieves. Y ahí está el mosquito. ¿Dónde mil diablos oí hablar yo, hace tiempo, de unos enanos y un tigre?

—Posiblemente al ocurrir el asesinato de Simpson, te chocó lo raro del caso, como a todos nos ha chocado. Hay también calidades artísticas en el crimen, desde que Quincy escribió «El asesinato considerado como un arte». Y hay que admitir calidad en el hombre-tigre.

—Al menos le admito un poder extraño. Yo he estudiado el historial de Rex Logan. Un hombre honesto a carta cabal, un hombre enamorado de su profesión y que iba a ingresar en el F. B. I., se convierte en cómplice del misterioso hombre-tigre. ¿Por dinero? No. Porque Rex Logan es, o era, de estos que nacieron marcados por una señal. La del laborioso modesto. La del hombre que en el desempeño de una profesión que elige, se considera riquísimo, aunque sólo gane lo justo para comer pan con mantequilla. ¿Por qué se convirtió en cómplice del asesino?

—Tal vez recibiera una oferta generosa.

—Rex No. Lo he descartado. A tipos como Logan no los compran con millones. He buceado en su vida privada. Se enamoró hace dos años de la hija de otro patrullero. Una tal Marion Halifax y estaba casi a punto de entrar en capilla… bueno, de casarse con ella, cuando rompe su compromiso, y le ven en compañía de una huérfana rica, una tal Beryl Kolner, descendiente de austríacos. Al parecer, Beryl Kolner tiene todos los encantos. Y como Rex Logan, en su estilo, es un hombre guapo, ella le corresponde. Y de pronto, Rex Logan es desenmascarado. Yo mismo, esta noche, al lanzarle varias indirectas, le obligo a que se confiese culpable.

—Muy interesante. ¿Se confesó culpable?

—No. Pero hizo más que confesar su complicidad. Declaró ante su propio inspector, que si le impedíamos salir del despacho, los dos la pasaríamos mal. El inspector estuvo sublime. Declaró que no quería que Logan matase a nadie en sus dependencias. Y Rex Logan abandonó la sede de la Tercera Sección. A mí me custodian en el piso, cuatro agentes, a los que di esquinazo, bajando por el montacargas, para venir a verte, y Rex Logan no irá muy lejos. Todas las centralillas policiacas han recibido la orden de aplicar rigurosamente el «Código A», es decir, dar el clásico: «Arriba las manos», y disparar.

Eric Fox se levantó, diciendo:

—Vamos a mi laboratorio, Byron. Tengo algunos esbozos empezados. Tu charla me deleita, y ya sabes que puedo pintar, oyendo.

Byron Rokland atravesó la sala romana, la sala «esquimal», y penetró en el «santuario».

Techo y paredes estaban tapizados de pinturas murales, donde verdes pinares, azules bahías, soleadas playas, tenían cierta plasmación de realidad, debido al perfume de «ozonopino» que un gran vaporizador, manejado por el criado inglés, repartía por la larga sala, a la medianoche.

Caballetes con lienzos cubiertos, carpetas con bosquejos, mesas con paletas, tubos y pinceles, altos escabeles, y un ancho diván en el centro, eran el único mobiliario.

Cerró Fox la puerta con el pasador que fingía una garra.

Byron Rokland se dirigió hacia el diván, en cuyo muelle espacio se tendió casi. Eric Fox alzó la tela azul que cubría el lienzo, y miró

el mediado retrato de dos perros de caza; de triste expresión en los inteligentes ojos.

Dos focos desparramaban luz amarilla y azul respectivamente.

Byron Rokland encendió un cigarrillo, y cruzando las manos bajo la nuca, preguntó:

—¿No oíste nunca hablar, en tu piso de enanos y tigres?

—Yo mido un metro cincuenta y tres, Byron.

—Y estás muy orgulloso de tu estatura, pintor. Porque posees una cabeza de genio. Como la máscara atormentada de Beethoven, y en más moderna la cara de Edward Robinson, hoy en que todos deseamos tener parecido con un artista de cine.

—Y por eso te agrada que te consideren el doble de James Stewart. Como él eres largo, flaco, y a ratos tienes cara de provinciano. Pero eres muy agudo, Byron. Has sido capaz de desenmascarar la doble vida de Rex Logan.

—Sé que no voy a poder dormir hasta no aplastar el mosquito ese. ¿Dónde mil diablos oí hablar de tigres y enanos?

Eric Fox levantó otra tela, descubriendo otro lienzo. Dijo:

—No ignoras tampoco que yo me he especializado en pinturas de toda clase de animales, desde el filosófico orangután, hasta el arrogante y estúpido pato. Tal vez aquí, comentarían mi nocturno permiso para visitar el Zoo. Nuestro Zoo es magnífico, Byron. ¿Lo has visitado con atención?

—Cuando me enamoré de una trapecista, que se empeñó en llevarme de paseo a ver jaulas. ¿Por qué aludes al Zoo, Eric?

—De noche es un espectáculo soberbio. Los guardianes me conocen ya, y no me consideran como al principio, un candidato al manicomio. Es de noche, cuando las fieras del Zoo se sienten más inquietas. Rugen, pasean incansablemente, y yo tomo apuntes.

Byron Rokland, levantándose, se aproximó al cuadro que Eric Fox acababa de descubrir. Dijo maravillado:

—¡Castaña, qué tigre!

En la pintura, sobre un fondo verde, destacaba la cabeza de un tigre cuyos verdes ojos parecían despedir luz. Sólo una cabeza.

—Es un tigre de Bengala. Te contaré el truco. No se iba a quedar quieto, y me limité a dar el contorno y la medida. Para los detalles, me bastó el animal que el Creador colocó en la tierra para darnos la ilusión de que éramos los reyes de la naturaleza: un gato persa.

Inocentemente, Byron Rokland comentó:

—Si no fueras quien eres, resultarías sospechoso con tus aficiones a pintar cabezas de tigre.

—Por la noche, en el Zoo, yo he comprobado que la pantera es la reencarnación de la mujer vampiro. ¿Por qué el tigre de Bengala no puede ser el espíritu de venganza? Un tigre suelto…

—Y que tira lacrimógenas.

—Un tigre domesticado, Byron. Que mata al que su amo señala. Hace menos de dos años, un domador presentó a un leopardo, que vestía frac y sombrero de copa. Andaba erguido, y con sus zarpas delanteras, hacía malabarismos con pelotas y botellas.

—¡Castaña! ¿Sugieres que un domador… lleve un tigre vestido… y lo emplee para una venganza? En cierta parte, sería lógico, suponer que hay venganza, porque Simpson y Butler pertenecían al mismo gremio… Pero ¡es absurdo, Eric!

—Deja correr la imaginación, y sigue mis cábalas. Yo, como lector, tengo también mi imaginación. Al leer las características que concurrieron en la muerte de Rufus Simpson, me figuré a un hombre que en su domicilio, tuviera el suficiente sitio, para alimentar a un cachorro de tigre, sin que ni criados ni vecinos pudieran oírle rugir. El cachorro, al crecer, respeta a su proveedor de alimentos que ha decidido emplearle para una venganza. Tal vez Simpson y Butler hicieron fortuna en alguna selva africana o asiática, al encontrar una mina de diamantes. Tal vez, el que los ha visto morir bajo las garras de su tigre amaestrado, formó parte con ellos dos de una partida de cazadores, y le estafaron.

Byron Rokland casi gritó:

—¡Ya está, ya está! ¡Fué en tu sala romana, Eric! No puedo precisarte la fecha, pero recuerdo que estábamos todos un poco bebidos. Yo mismo hice alguna idiotez. Espera, que vaya concordando…

Y el escritor empezó a pasear con la barbilla hundida en el pecho, a largas zancadas, evocando.

Eric Fox fué hacia una mesa, abrió un cajón, y sacó dos objetos extraños.

Byron Rokland dió media vuelta, y súbitamente exclamó:

—¡Tú mismo, Eric! Fuiste tú mismo quien habló de siete cazadores pertenecientes a un club inglés.

Byron Rokland parpadeó en el colmo del estupor.

Miraba con infinito pasmo, las dos pupilas verdes grandes y luminosas del diminuto pintor, que se acercaba torcida la boca delgada en mueca siniestra, y en alto las dos manos.

Dos zarpas de largas uñas metálicas…

CAPÍTULO VI

EL HOMBRE-TIGRE

Rex Logan acabó de toser, y murmuró resollando:

—Por favor Raines. Encienda la luz.

Lars Raines adelantó la mano, pero se detuvo en su gesto porque al fondo de la pequeña cabina, el que se hallaba sentado al borde de la litera inferior habló.

Una voz extraña, grave, ronca, de diapasón hondo. Los negros labios donde destacaban a cada extremo los largos colmillos blancos, se movieron húmedos.

—No hace falta más luz que la de nuestra mutua inteligencia, Rex Logan. Son apenas la una y media de la madrugada, y tengo tiempo hasta las dos para oírle. Después debo irme. Acerque una silla, Haines, y que se siente en el umbral Rex Logan.

Rex Logan obedeció maquinalmente a la presión significativa que en su hombro ejerció la diestra de Haines. Se sentó, mirando al interior en tinieblas, donde fulguraban los dos ojos verdes.

—Considero superfino especificar que la máscara que llevo es perfecta en su imitación, y que debo conservarla. No es para impresionarle, Logan. Lo que no pudo explicarle Lars Haines, yo podré. Considero también superfluo indicarle que entre mis guantes, tengo una automática provista de silenciador. Usted es fuerte y hábil. Los guantes-zarpas tal vez no me servirían si se comportara usted por debajo de su nivel intelectual.

Rex Logan se quitó las gafas negras. Aspiró, y tras toser, dijo:

—Acepté lo que Haines me propuso, porque mi único punto débil es querer a Beryl. Consideré estúpido emplear por segunda vez el mismo procedimiento. Era seguro que me considerasen sospechoso, más tarde o más temprano. Ahora podría manifestar que su máscara y su pistola, no me inspiran terror, porque me avisó

Haines, y usted mismo ha sido explícito. Pero como habrá oído, sabe ya que soy un fuera de la ley.

—Se colocó usted fuera de la ley cuando entre su deber y su pasión, eligió rescatar a Beryl Kolner.

Era como una imagen de pesadilla ver aquella máscara hablar.

—Mi profesión era para mi apasionante, hasta que conocí a Beryl. Ahora, ya que he cumplido, ¿qué me espera?

—Usted mismo lo decidirá, Logan. Quiso el Destino que en el distrito donde usted era patrullero, vivieran dos hombres que yo debía matar. No tengo por qué explicarle las razones que me impulsaron a adoptar este disfraz ni los motivos por los que han muerto Rufus Simpson y Henry Butler.

—Esto no me incumbe. Soy yo el interesado en saber qué va a ser de mí ahora. Podría decirle que le odio, como primero creí odiar a Haines. Pero no sería verdad. Me odio a mí mismo, por querer tanto a Beryl, por haber traicionado a los míos, tan sólo para volverla a ver libre y sin daño.

—La verá libre y sin daño cuando quiera, a partir de las ocho. Lars Haines recibirá instrucciones en este sentido, a las ocho en punto. Ella sabe que quedará libre cuando usted haya cumplido. Y confía en que usted la quiere, aunque ignora qué precio ha pagado usted, para su rescate. Quiero que reflexione, Logan. Haines es un simple peón, como le dijo. Y yo no soy un vulgar asesino. Si tuve que asegurarme de que Beryl Kolner permaneciera en rehén, no fué actuando como un *gangster* que pide dinero en rescate. La hubiese matado si usted denuncia a Haines. Quedará libre. Usted ha cumplido y yo cumpliré. Olvide mi máscara, y hable con franqueza, Logan.

—Pensé revelarlo todo al inspector Anderson, pero también pensé que con ello, moriría Beryl. Ahora ya es tarde. Si Beryl queda libre, yo no tendría, la menor atenuante. Seguiría siendo un cómplice en un caso de doble asesinato. No me creerían si dijese que pensé se trataba sólo de facilitar el escape de un ladrón de joyas. Murió Simpson, y sin embargo, esta misma noche, me gaseé yo mismo, casi con la certeza de que habría otro individuo destrozado por una zarpa. ¿Y ahora, qué? ¿Matarles a ustedes dos? ¿Solucionaba algo? ¿Matar mañana a Haines, cuando compruebe si realmente queda libre Beryl? ¿Solucionaría algo? Jáctese de haber

conseguido lo que creí imposible. Convertirme en uno de los que yo mismo, hasta hace quince días, cazaba.

La máscara en su impresionante irrealidad, guardó silencio. Rex Logan prosiguió:

—Ya no le sirvo para nada. ¿Qué va a hacer? ¿Darme una propina además de devolverle la libertad a Beryl?

—Ni doy propinas ni es usted un camarero, Logan. Yo tengo ya que actuar en el distrito sudeste. Pero podría necesitar ayuda en otros distintos de Chicago, o de Nueva York.

—Y si queda libre Beryl, ¿quién le garantiza que yo no haga lo imposible por retorcerle el cuello de hombre antes de quitarle esta horrible mascara?

—Todo entra en lo previsible, Logan. Cuando Beryl Kolner quedó encerrada en determinada habitación, tuve primero que hablarle sin que me viera. No quise impresionarla. Le dije, desde un teléfono contiguo, que no se asustara al ver esta bestial apariencia.

Unas uñas brillaron metálicamente, cuando el enmascarado alzó un guante, para señalarse el encubierto rostro.

—Repito que no soy un vulgar maleante, Logan. Ella me oyó, y le describí mi máscara, aclarando que me era imposible, por razones muy fáciles de comprender, de revelarle mi personalidad. Del mismo modo que ella quedó encerrada sin darse cuenta de dónde iba, ni de dónde estaba, no podía conocerme. Pero le aseguré que no le sucedería nada perjudicial, si usted realmente la quería como era evidente, después de la privada información que obtuve. El mismo Raines no me conoce, ni sabe dónde podría encontrarme. Al verme ella, con toda su mundana inteligencia, se asustó. Pero pronto se recobró. Me limité a decirle que antes de una quincena si usted cumplía, quedaría libre. No me ha vuelto a ver, pero cuánto pidió por el teléfono interior, lo obtuvo, menos, naturalmente, la libertad y verle. Eso lo pedía con insistencia, Logan. Pero habrá usted ya pensado en el problema que se presenta.

—Sí. Dando por hecho que usted la dejaría libre, también ahora le digo que a usted le incumbe decirla que ya no soy un hombre que dispone de mi libertad de movimientos.

—Ella juzgará que su sacrificio es hermoso, Logan.

—Pero esto no cambia mi situación. ¿Dónde y cómo me puedo reunir con ella? Todo Chicago en estos momentos, es una red de

voces que transmiten mis señas y ordenan mi captura.

—Yo puedo arreglarlo, Logan. La frontera de Canadá, por el aire, es fácilmente atravesada.

—En el Canadá, toda la Policía Montada, será avisada. Cuando un agente de la ley falla a su juramento, hay pocos sitios donde pueda ir, y… Ya sé que usted, como muchos, pensará que quien conoce la ley, conoce la trampa. Hay cirujanos estéticos, pero se necesita dinero. Hay capitanes de barco o pilotos de avión, pero se necesita dinero.

—Beryl Kolner es rica, Logan.

Regis Logan hizo el primer ademán violento. Crispó la diestra en alto, pero inmediatamente se refrenó, volviendo a sentarse.

El enmascarado cuya voz tenía honduras de rugido, habló:

—Es lógico que se irrite, Logan. Y hasta le admiro, porque sabe enfrentarse serenamente con su destino. Yo tenía una venganza que cumplir, y me serví de usted. Puede odiarme, pero su inteligencia admite que no le soluciona nada. Puede colaborar en mi venganza. Si a Raines le pagué generosamente, y aceptó jugarse la vida, ¿en cuánto valora usted el sacrificio de su honradez y su porvenir, Logan?

—Repito que podría tener la tentación de matarle.

—Y le agradezco la franqueza, sabría evitarlo, Logan. Sin recurrir al mismo procedimiento. Yo quiero que usted, a la hora que me indique, vea libre a Beryl, en sitio seguro, para usted. Donde quiera y a la hora que quiera.

—Aquí mismo, a las nueve de la mañana.

—Así será. Es posible que en su búsqueda haya investigadores, que traten de localizar a Beryl. Se lo diré así a ella. Y cuando entre en esta gabarra, será porque habrá llegado sin que nadie vea. Y ella le quiere, Logan. No piense, pues, que pueda denunciarle.

—Nunca lo pensé. Siga, «tigger-man».

—Hable con ella, y pónganse de acuerdo.

—Ella me ofrecerá su dinero, ¡y oiga bien esto «tigger-man»! Prefiero ya matar, robar, calzarme los guantes que usted lleva… ¡lo que sea!, pero no seré tan ruin como gemir ante ella, y pedirle su dinero. Habló usted antes de colaborar. ¿En qué consiste?

—Usted es fuerte y conoce los mil recursos del hampa, Conoce los fallos por los que son cogidos los más inteligentes infractores de

la ley. En Nueva York hay una banda de individuos que se dedican a explotar el juego. El jefe aceptaría mi oferta. Hay un hombre en Nueva York que ha de correr la suerte de Simpson y Butler. La banda a que me refiero actuaría, y usted podría ser el que los aleccionase, siguiendo mis indicaciones.

—Pongamos en claro un punto, «tigger-man». ¿Cuántos le quedan por destrozar a zarpazos?

La respuesta tardó.

—Ha tenido usted quince días para irse habituando a la idea de que iba perdiendo el derecho de interrogar y perseguir. Desgraciadamente, ahora es usted el perseguido.

—No interrogaré más. Si yo acepto aleccionar a la banda que cita usted, encargándose, como es natural, usted mismo, de mi transporte a Nueva York, y en lugar seguro, ¿en cuánto valora mi complicidad, ahora consciente y aceptada?

—Fije precio, Logan. Para asesorarle, que le diga Lars Haines, cuánto cobró.

A espaldas de Logan, Lars Haines especificó:

—Diez mil dólares en activo, la primera noche que vi a «tigger-man», y mañana, por la mañana, un banco noruego de Oslo, anotará a mi nombre, una transferencia efectuada desde Chicago, por idéntica cantidad. Venderé esta gabarra, mi coche y traspasaré mi plaza en el gimnasio, para regresar a Noruega. Gracias.

—Ya lo oyó, Logan.

—Si él, por ser emisario, gana, veinte mil y las piedras preciosas que Rufus Simpson perdió con la vida, estaban tasadas cerca del millón, no considero fantástica la valoración de mi carrera perdida, si la taso, en cincuenta mil dólares, a percibir cuando haya caído el tercer hombre.

—Cincuenta mil dólares en manos de un hombre joven e inteligente, pueden multiplicarse, por ejemplo, en África del Sur, cuando un cirujano estético le cambie el rostro, y tenga usted una documentación bien completada. No creo que debamos hablar más, Logan. Sabré irme por donde vine. A las nueve usted verá a Beryl Kolner.

Rex Logan se levantó, y volvió a colocarse las gafas negras. Dijo:

—No es interrogatorio «tigger-man». Es simple curiosidad. ¿Era absolutamente necesario que inventase usted está máscara?

—Las muertes de Simpson y Butler son castigos. Y tanto estos guantes como la tirilla de dibujos tienen su significado que sólo comprenden los que mueren. ¿Algo más, Logan?

—Mentiría si no dijera que me chocan tres coincidencias.

—Lo supuse. Le valoro bien, Logan.

—Rufus Simpson medía un metro sesenta. Para un hombre, no es una gran talla. Esta noche oí comentar que Henry Butler era casi un enano. Medía un metro cincuenta y tres. Y usted… «tigger-man», aunque sentado, y por lo que me es dado distinguir, no es tampoco un gigante. Lo siento, pero no puedo evitar hacer deducciones.

—Haga cuantas deducciones quiera, si son para ganarse los cincuenta mil.

—A ello voy. Pero le quiero advenir algo, «tigger-man». Cuando tenga ya los cincuenta mil, me iré al África del Sur, o donde sea, y me reuniré con Beryl. Sí algún día, usted, sin máscara, se me apareciese y me fuera posible identificarle, no sé cómo reaccionaría.

—Un riesgo que no correré, Logan. Y aprecio su franqueza. Usted aceptó la oferta de Haines, porque amaba a Beryl. Usted ha aceptado ahora colaborar conmigo, porque quiere dinero para emprender lejos una nueva vida. Después… adiós. Ahora… hasta pronto.

Los dos guantes ondearon las metálicas uñas. El propio Logan cerró la puerta, y se dirigió al bar empotrado, de donde sacó un vaso y una botella de coñac. Llenó el vaso a medias, y lo apuró de un golpe.

—Dormiré en este diván, Haines. Yo no pienso ir nunca a Noruega. Pero procure usted no arrimarse nunca por donde yo esté.

El noruego asintió compungido, para declarar.

—Le comprendo perfectamente, Logan. Tengo por costumbre despertarme a las siete en punto.

—No será preciso que me despierte a las nueve. Por mí, puede apagar las luces.

Quedó la salita en tinieblas. Rex Logan estaba tendido de bruces en el diván. Oyó perfectamente unos pies deslizarse. Se limitó a calcular si los pies se acercaban al diván. También podía entrar en los cálculos del hombre-tigre, eliminarlo.

Los pasos se deslizaron más a popa, y una puerta se cerró. Rex Logan se extrañó que en su mente apareciera la suave feminidad de

Marion Halifax… cuando Beryl Kolner era la mujer por la que se había convertido en el cómplice de un misterioso criminal.

CAPÍTULO VII

DOS ARTES COMPLEMENTARIAS

Byron Rokland retrocedió unos pasos, sintiendo íntimamente un indefinible pánico.

La cara de Eric Fox tenía algo de monstruosa locura. Las dos manos enguantadas con recia tela terminada en largas uñas de hierro, dejaron de simular zarpazos, al tiempo que el pinto se detenía.

—Tienes miedo, Sherlock Holmes. De primero estás ante la revelación. Aquí oíste hablar de enanos y tigres. Y has recordado que yo fui…

Byron Rokland inclinado el busto, casi tartamudeó:

—No te acerques más, o…

—Sudas miedo, y fuiste guerrero heroico en el Pacífico. Eres un artista de la deducción, y ahora tiemblas porque súbitamente comprendes que si puedo pintar, puedo también elaborar una cabeza de tigre con plástico, y dos zarpas con idéntica contextura que las de un tigre. Y no sabes si chillar o abalanzarte.

—Prefiero aguardar. A esta distancia estamos los dos a salvo, por el momento. Y tu criado no puede atacarme por la espalda. Veo bien la única puerta de tu santuario. Dime que es una estúpida broma, Eric. Tú no puedes ser un asesino. Tú eres un artista noble.

Tanteó Rokland a sus espaldas baste encontrar el borde de una mesa en la que se sentó. Lo necesitaba.

Eric Fox se miró las manos enguantadas, y dijo:

—El arte de la deducción es peligroso en todos sentidos, Byron. Si yo soy el hombre-tigre, y llevas pistola, no la dispararás hasta oírme. Esto ya lo sabía. Pero me tienes afecto, y has llegado a la conclusión de que te va a doler que yo sea un asesino. Doler mental y físicamente, Byron Rokland.

—¡Acaba ya! ¡Tú no eres el hombre-tigre!

—¿Por qué no? Emplea tu arte deductivo. Ves estos lienzos, ves estos guantes, y soy de talla corta, al igual que Simpson y Butler. Y aquí fué donde oíste hablar cierta vez de los siete enanos y un tigre.

—Por deducción, es raro que coincidan… ¡Habla ya, Eric!

Quitándose los guantes-zarpa, que arrojó sobre una mesa, Eric Fox cogió un cigarrillo de la caja.

Antes de encenderlo, comentó:

—Las coincidencias, abundantes en la vida normal, son de dos clases: las inconscientes y las voluntarias. En Londres, hace bastante tiempo, conocí a un hombre de corta talla. Una coincidencia inconsciente.

Encendió, y sentándose, prosiguió:

—Visitaba una exposición de mis cuadros. Yo entonces pintaba flores, pajaritos y frutas. Pastelillos amerengados. Él me compró una rama donde siete pájaros adoptaban posturas impertinentes. Y era otra coincidencia inconsciente. Me dijo que él pertenecía a una asociación de hombres pequeños. Siete amigos. Siete, como los pajaritos. Siete cazadores. Se fué con mi cuadro.

Byron Rokland, para dominar su impaciencia, hizo crujir sus nudillos. Estiraba uno tras otro, los largos dedos.

—Volví a verle unos días después. Yo entonces era diurno. Estaba él tratando de escoger en una librería unos grabados de fauna. Yo le ayudé a diferenciar lo digno de comprar. Almorzamos juntos. Tal vez bebió en exceso. Me contó que los siete amigos de corta talla, ahorraron varios años, hasta poder tomarse unas vacaciones e ir de caza mayor. Al África del Sur. Yo atribuí al exceso de vino su historia espeluznante. Dijo que tres de ellos murieron despedazados por un tigre. Los cuatro, deshaciendo la asociación, ya no volvieron nunca más a cazar. Me describió el tigre con tanta propiedad, que después, cuando vi el dibujo animado, de Blanca Nieves, no podía evitarme ver en Blanca Nieves un tigre.

—¡Abrevia, Eric!

—El hombre aquél, acabado su relato de caza trágica, pareció arrepentirse de haberme contado. Pagó y se fué. Nunca más le vi. Y no me dijo los nombres de sus compañeros. Y su propio nombre se me fué olvidando, hasta que al leer la prensa lo recordé. Se llamaba Rufus Simpson.

—¡Castaña! Acabas de reconocer que no mataste a Simpson. ¡Maldito seas una y mil veces, idiota! Condenado te veas por haberme paralizado la circulación en las venas. ¡Idiota!

—Un momento, Byron. Estamos complementando nuestras dos artes. Tú la deductiva, yo la descriptiva. Cuando leí que Rufus Simpson, aquel que me contó una historia de caza en Londres, había muerto a zarpazos, encadené voluntariamente coincidencias. Atribuyen el verde a los ojos de tigre. Yo los tenía de este color. Yo era de corta talla, como la asociación de siete cortos de talla, y la tirita de dibujos que apareció junto al cuerpo de Simpson. Yo pintaba cabezas de animales y entre ellas las de tigres. Me pareció que en cierto modo, yo estaba relacionado con el caso Simpson. Me dolió que hablasen de un tigre como si fuera posible un asesino entre fieras. Pero un cazador que ha visto una cabeza de tigre devorando, es muy capaz de dibujarla, aunque no tenga nociones de anatomía. Unos guantes como éstos, son fáciles de fabricar. Pero… ¿Por qué moría Simpson lacerado?

—¡Y tú ante el tigre pintado, te enfundaste las manos en estas zarpas, y pretendiste meterte en la piel del asesino! Un hombre de corta talla, que seguramente perteneció a la asociación. ¡Castaña! Si no estás loco para encerrar, se debe a que manejas pinceles. Pero si fueses un simple tendero, te echaban la camisa de fuerza, Eric.

—Era la primera vez que se me daba la ocasión de intentar deducir en un hecho ocurrido, no leído, en novela, sino en la Prensa. Cuando me hablaste del hombre-tigre, hasta sospeché que tú podías sospechar de mí.

—¡Dios Santo, Eric! Tu piso acoge a muchos desquiciados, pero hasta ahora te consideré libre de contagios.

—Yo soy corto de talla; yo tengo los ojos verdes…

—Mi redactor tiene un gato, y no se me ha ocurrido ponerle las simbólicas esposas. Ayúdame, Eric. ¿Qué más te dijo Simpson?

—Nada más. Si yo aquella noche hablé aquí de los Siete Enanos y el tigre, se debió a que Nuela, que por entonces protegía al muchacho que pintaba cuentos de hadas, se empeñó en imaginarse que era Blanca Nieves.

—Vamos a intentar habla con sentido común, Eric. Yo no sé ya el límite donde la originalidad se confunde con la vulgar «chaladura». La policía estará ya investigando la historia antigua

relacionada con Simpson y Butler… Oye, no descubrieron nada de esta asociación de los siete. Me consta.

—Una ventaja para ti. Busca a los hombres de corta talla, y averigua si fueron cazadores.

—En Chicago habrá su buen millar de cortos de talla, que cuando menos habrán disparado contra una perdiz.

—Pero pocos nacidos en Londres, como Simpson y Butler.

—¿Cómo sabes que Butler nació en Londres?

—Conocí a Simpson en Londres, y sólo ingleses son capaces de asociarse y ahorrar para irse a meter dentro del estómago de un tigre. Ya tienes una pista. Y antes dijiste una cosa muy reveladora.

—¿Cuál?

—Dijiste que Rex Logan estaba enamoradísimo de una tal Beryl. Busca a Beryl, y vigílala. Rex Logan hará por verla.

—Oye, Eric. No vas mal encaminado. Te perdono ya la estúpida broma. Aplasté el mosquito, y tengo dos pistas. Un hombre pequeño, londinense, cazador, y Beryl Kolner. Y ahora me vuelvo a dormir. Ya puedo dormir… aunque soñaré con tigres.

—Y no dejes de soñar con Logan. Le has descubierto, y tratará de agradecerte tu talento deductivo.

—Hasta pronto, Eric.

En su coche. Byron Rokland pareció cazar un mosquito, cuando gruñó, dando un manotazo en el aire:

—¡Sensatez, Byron! Eric Fox no te ha engañado. Él no puede ser el hombre-tigre.

Y regresó por el montacargas, convencido que sus cuatro guardianes ignoraban su visita al pintor de la Cofradía de la Madrugada.

CAPÍTULO VIII

DOS AMORES DISTINTOS

Rex Logan acabó de secarse el rostro. Tenía aún los párpados enrojecidos, pero la tos no le acometía ya.

Lars Haines colocaba en la mesita la cafetera humeante.

—Las nueve menos diez, Logan. Tómese este café. Yo regreso al solárium, y como le he dicho, no se preocupe. Aquí no entra nadie.

—Y si alguien entrase, peor para él.

A las nueve en punto, Rex Logan en pie, colocadas las gafas negras, comprendió que amaba apasionadamente, porque temblaba, al oír un taconeo aproximarse, procedente del garaje-hangar adosado a popa de la gabarra.

Y en la puerta de la sala. Beryl Kolner apareció, para, corriendo, estrecharse contra, el pecho de Rex Logan, el cual acarició con éxtasis el sedoso cabello rubio.

—Hola, Beryl —murmuró roncamente.

Se inclinó para besar los labios ofrecidos. También ella temblaba.

—Hola, Beryl —repitió momentos después.

Rubia, frágil en apariencia, aunque deportista consumada, la descendiente de austríacos, era una deliciosa figura, donde el romántico semblante tenía sensualidad en la boca, y el esbelto cuerpo, prietas líneas provocativas.

Vestía un jersey granate, falda gris y zapatos de deporte.

—Ha sido horrible, Rex. He leído. He llorado. Pero, no te cogerán, Rex. Huiremos juntos. El mismo horrible criminal que te perdió, te dará el medio de huir. Me lo dijo.

Ella miraba en rededor con expresión asustada.

—En el campo de golf del Drake, no sé cómo fue, pero perdí el sentido. Estaba sola, y sentí un pinchazo. Cuando desperté estaba en

un cuarto sin ventanas.

—Te hablaron por teléfono, y después viste una máscara. Todo esto me tiene sin cuidado, amor mío. Estás aquí, y basta.

—He venido en un coche cerrado, conducido por…

—Te repito que no quiero saber nada, Beryl. Tan sólo verte lejos de los Estados, para poder reunirme contigo, lo antes posible.

—Me iré contigo.

—¡No! Tengo antes que recoger un dinero, sin peligro ninguno. Tú te irás. Es más, Beryl. Tú debes volver en el mismo coche, si no se ha ido.

—En el garaje está. Espera que le diga si puede irse.

—Que espere. Te vas a ir con este coche. Todo lo que ha sucedido en estos quince días, lo olvidarás. Yo no he sacrificado nada, porque teniéndote a ti, todo lo tengo. Nos casaremos, pero ahora has de salir de los Estados, porque la policía podría molestarte con interrogatorios, ya que eres la novia del traidor Rex Logan.

—No me resigno a dejarte.

Volvió ella a ceñirse en estrecho abrazo. Sus labios sangraron al apasionado beso.

Y Rex Logan, al oír el quejido, se apartó para decir:

—Perdona la brutalidad, Beryl, pero me da fiebre tenerte tan cerca, y después de temer no verte más. Vas a ser buena chica, e irte.

—Escucha, Rex. Yo tengo el suficiente dinero para…

—Para unirlo al mío. Escucha, cuando estés en el coche, intenta pedir una documentación para ti. Ten presente que la policía buscará a Beryl Kolner.

—Si tú aceptas sacrificar tu carrera, yo estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas.

—Confía en el que te tuvo prisionera, y ahora te dará los medios de salir de los Estados. Y pronto me reuniré contigo, mi bien. No llores, porque ya me ha pasado el malestar. Fueron dos lacrimógenas que me han quitado para siempre las ganas de llorar.

—Pero tú, ¿qué vas a hacer, Rex?

—Te lo he dicho ya. Recoger cierto dinero muy mío. Y vete, por favor, nena. Eres la viva tentación.

El prolongado abrazo tuvo que romperlo Logan. Ella titubeó,

pero la voz del exagente era imperiosa:

—Para nuestro bien, Beryl, vete ahora mismo.

Ella salió.

Regis Logan permaneció unos instantes en pie, hasta que oyó el rumor decreciente de un motor alejándose. No hizo nada por acercarse a la cortina que cubría una lucarna.

Volvió a tenderse en el diván y durmió profundamente. Desde las dos de la madrugada a las nueve menos cuarto, sólo había cerrado los ojos, pero sin dormir.

Le despertó una sacudida en su hombro izquierdo. Lars Haines dijo:

—Mucha confianza tiene en mi refugio, Logan.

—No me tendría usted aquí si temiera que registrasen.

—Su equipaje.

Señalaba el noruego un maletín, sobre la mesa. Rex Logan se desperezó y, levantándose, abrió el maletín.

Contenía un sobre, una pistola-ametralladora y un saquito. Descorrió el cordón del saco. Extrajo dos largos guantes y una cosa informe, redonda, flexible.

La máscara y las zarpas. Volvió a meterlas en el saquito, que cerró.

Rompió el lacre del sobre y extrajo un folio mecanografiado. Leyó:

> «Esta noche, a las once treinta, una canoa le recogerá. La conducirá Lars Haines, el cual sabe ya dónde debe dejarle. Resultará algo incómodo viajar entre troncos de pino, por los lagos, hasta el camión que conducido por Lars Haines le dejará en Nueva York. En el camión tendrá usted por escondrijo un barril. Molestias inevitables.
>
> »El camión le dejará en un garaje propiedad de Ben Lennox, el jefe de la banda de explotadores de juego. Para ellos usted será el que ha pagado. No tema que le delaten. Han cobrado lo suficiente y saben que cobrarán más. Pero no será innecesario que sea usted rudo con ellos. No son de mi clase.
>
> »El saco conteniendo la máscara y guantes me lo entregará cuando llegue el oportuno momento. Ben

Lennox sabe lo que hay que hacer, y creerá necesario hacérselo saber para demostrar que está dispuesto a obedecerle.

»Beryl Kolner viaja ya camino de las Antillas provista de documentación excelente. En Nueva York y antes de una semana, percibirá usted los cincuenta mil acordados, aunque me permitiré añadir otros cincuenta mil más.

»Lars Haines le proveerá de vestuario. Encontrará usted en una cartera de una americana gris un anticipo. No saldrá para nada de las oficinas de Ren Lennox.

»Buen viaje».

No había firma. No hacía falta.

Burt Halifax, a las once de la mañana acababa de quitarse el embadurnamiento de vaselina, cuando le sonó el timbre de la puerta. Gritó:

—¡Voy yo!

De costumbre era su esposa la que abría, pero comprendió que aquella mañana no le pertenecía a ella despedir a los periodistas.

Burt Halifax abrió, para recitar:

—He dicho ya que… —Pero se atajó al reconocer al visitante.

Byron Rokland trató de sonreír en elocuente disculpa.

—No me tenga rencor, Halifax. Y sé cuánto aprecia a Logan. Y me ha dolido…

—Pase adelante, Rokland. Ya he hablado con el inspector. Ya no le considero un entrometido, y menos después de lo que le dijo al jefe. Usted opina que Rex… que el que fué mi compañero en el «22» actuó por la fuerza por culpa de la maldia… Bien, mejor será que hable usted.

—Gracias, Burt. Es usted un buen hombre. Esta mañana, a las nueve, tras tomarme un jarro de café, visité a Anderson. Le expliqué que hice una escapatoria, porque no quería tener escolta para visitar a un amigo mío. He llegado a una conclusión. No se encuentra por ningún lado a Beryl Kolner. No dan razón de su persona desde que en el Hotel Drake fué al campo de golf hace dieciséis días. No ha salido de los Estados, porque no consta en ningún aeródromo ni frontera su paso. Escuche, Burt: hay dos clases

de amor: uno que, ¿cómo diría yo?, algo así como un mar tranquilo bajo el sol, y otro que es turbulento, agitado. Rex Logan encontró a Beryl Kolner, y ésta le encendió en mala pasión. Mala porque así ha acabado Rex Logan.

Entró en la sala-comedor una muchacha. Miraba con ojos dilatados al periodista, que se puso en pie, cohibido.

—A tu sitio, Marion —quiso gruñir Halifax. Pero le salió mal.

Era tan lamentable su esfuerzo por fingir severidad, como el que hacía Marion Halifax para simular serenidad.

—Ha dicho usted que Rex Logan ha acabado mal —dijo ella.

Morena, de plácido semblante, había resignación en la infinita tristeza de los anchos ojos.

—Soy un estúpido, señorita Halifax. Quise decir que ahora se ve Rex acosado. Pero verá como todo termina bien.

—¡No, no hable así, Rokland! Yo le agradezco que quiera consolar a la chica, pero es más cruel darle falsas esperanzas. Su teoría es muy aceptable. Usted sugiere que el hombre-tigre forzó a Logan porque retenía y retiene secuestrada a la hija de austríacos. Pero esto no redime a Logan. Si hubiéramos cogido al hombre-tigre, no hubiera muerto Henry Butler. Lo siento, Marion, pero es así. La única posibilidad de no morir acribillado la tiene Logan entregándose. Le juzgarán por complicidad, y cuando menos recibirá la justa condena de diez años. Yo no le tengo rencor por haberme… ¡No llores! No le tengo tampoco rencor por haberte dejado, ya que fué más noble. Pero ante la Ley es culpable. Era su obligación. ¡Así se muriera Beryl Kolner… y no la hubiese yo llorado!… ¡Coger al que le propuso gasearse y llevarlo al cuartelillo! Eso es todo. Y no hay más que hablar. Vete a la cocina y dile a madre que prepare un café para el señor Rokland.

Ella obedeció. Tras un instante, el periodista dijo tímidamente:

—Oiga, Burt: no es que me meta en sus asuntos familiares pero Marion sigue queriendo a Logan y yo estoy por jurar que cuando Logan reaccione…

—Rex Logan fué un gran chico hasta que conoció a la austríaca. Y mi hija fué y sigue siendo una gran muchacha.

—Escuche, Burt, y no me pegue.

—Yo dejo primero pegar a los demás. Es mi obligación. Claro que después pego con la conciencia tranquila.

—Usted es un bravo defensor de la ley. Si usted me ayuda, nosotros prenderemos al hombre-tigre.

—No veo por qué he de pegarle.

—Rex Logan leerá los periódicos ¿no?

—Supongo.

Marion Halifax entró para colocar una taza ante el periodista, que dijo rápidamente:

—Marion tendría alguna manera particular de llamar a Rex. Déjeme continuar, Burt. Es en bien de todos. Bastaría incluir en los artículos sobre el caso «Logan», que él leerá, y durante varios días, por ejemplo, una cita que nadie comprendería salvo él.

—Logan no permanecerá en Chicago mucho tiempo. Tratará de huir a otro Estado.

—Bien. En los rotativos más importantes de cada capital yo mandaré el mismo reportaje sobre Logan. No aludiré para nada a chantajes ni rescates ni a Halifax ni a Marion. Suponga que Logan lee debajo de su foto una mención extraña. No me pegue, Burt. Vamos a suponer que Marion le llamaba a Logan «gatito», o «rey mío», en fin, ésas cosas que las enamoradas dicen.

—Mi hija es una chica seria, y no una tonta de las que por lo visto tiene usted costumbre de frecuentar, señor Rokland.

—De acuerdo; pero el amor entontece. Logan lee y comprende.

—¿Qué lee y qué comprende?

—Que le hemos adivinado la íntima tragedia. Que Marion sigue queriéndole. He hablado ya con Anderson, y él me ha dicho que si usted accede, el plan es bueno.

—Aclare.

—Dígame una palabra o una frase que usted tuviera por costumbre decirle a Logan, Marion.

Ella pensó, hasta susurrar, trémula, sin mirar a su padre:

—Alguna noche quiso besarme, y yo le dijo siempre: «Si tuvieras una hermana, Rex Logan, no te gustaría que se casase con un traje viejo».

—¡Castaña, qué bien! Su hija es la virtud personificada, Burt. Ahora escuche.

Por la noche, los principales periódicos de los Estados incluían el mismo artículo, que con ligeras variantes aparecería durante varios días, firmados por Byron Rokland.

Había una fotografía de Rex Logan, y el titular decía:

«BREVES ANÉCDOTAS SOBRE REGIS LOGAN, EL FUGITIVO»

Las anécdotas eran en su mayor parte inventadas, pero bajo la foto coincidían unas líneas en negrita, al igual que las había en otras párrafos, para señalar frases juzgadas importantes para el lector.

Las que estaban bajo la fotografía decían:

> «A propósito de su orfandad, le dije yo mismo, el firmante, a Rex Logan que si tuviera una hermana no le gustaría que se casase con traje viejo.»

La letra volvía a ser normal al proseguir:

> «Rex Logan comprendió el significado de mi frase. Fué cuando estrenaba un uniforme y había ya pedido el ingreso en el
> F. B. I.
> Le dije que fuera donde fuese, siempre recordaría el uniforme flamante, que era como el vestido blanco de novia virginal. Yo comprendí que era como una mala pasión su afán de abandonar el cuerpo de patrulleros. Estaba forzado, se vio obligado a ello, pero era porque su inteligencia estaba como secuestrada en el estrecho marco de un coche-patrulla. Podía salvarse porque el “traje viejo” iría donde él estuviera, y regresaría a las patrullas tras una temporada en el F.B.I., o donde fuese. Esta anécdota habrá lectores que la juzgarán superflua. No lo es. Demuestra que un exceso de inteligencia es a veces una mala pasión».

Burt Halifax releyó varias veces el artículo.

—Yo no discuto que Logan no sea inteligente. Puede ser que lea este galimatías, ¿y qué?

Byron Rokland, eufórico, declaró:

—Estudió criptografía, base necesaria para ingresar en el departamento C.I.A. de los federales. Salte palabras, Burt. No se lea

el artículo entero, sino las palabras que no tacharé.

Tachó las palabras que no tenían trazo negro, cruzándolas:

> «Si tuviera una hermana no le gustaría que se casase con un traje viejo». «Fuera donde fuese, recordaría la novia virginal». «Una mala pasión; estaba forzado; se vió obligado a ello porque estaba secuestrada». «Podía salvarse porque el traje viejo iría donde él estuviera, y regresaría a las patrullas tras una temporada».

—Él comprenderá. Sabrá que no volverá a ser patrullero, pero sí que a la salida de la cárcel, Marión…

—No —dijo categóricamente Burt Halifax—. Sea cual sea el resultado de este artículo, señor Rokland, mi hija no se casará nunca con Rex Logan.

El periodista asintió, aunque pensara que el propio Nerón si hubiese tenido una hija y la hubiese querido, también habría negado que ella pudiera casarse con un gladiador. Pero la hija de Nerón se hubiera convertido en la esposa del gladiador. Y dijo:

—Hay dos amores distintos, Burt. Y cuando Logan se canse de ser un zorro escondido, hará lo imposible por entrar en contacto conmigo. Comprenderá que he hablado con Marion y que he deducido que actuó obligado por un sentimiento.

—¡Una mala pasión!

—Da igual, Burt. Ahora, Marion, a esperar tranquila Yo sé que Rex Logan se entregará recordando a la novia buena.

Esta vez fué Burt Halifax el escéptico. Conocía demasiado a Logan. No se entregaría nunca… Moriría matando.

CAPÍTULO IX

LA OFICINA DE BEN LENOX

El camión rodaba a la máxima velocidad permitida por la Avenida Riverside, al oeste de la gran isla de Manhattan, donde se acumula la más poblada ciudad del mundo: Nueva York.

Parecía uno más de los camiones que procedentes de distintos puntos y regiones de los Estados iba a descargar sus mercancías en el Fulton Market.

Al volante, Lars Haines detuvo varias veces la marcha para mostrar al agente de tráfico que la solicitaba su licencia de transporte, en la que constaba que el camión alquilado transportaba los enseres pertenecientes al conductor, que embarcaría unos días después rumbo a Noruega.

Sólo una vez el agente, además de comprobar su licencia, subió a la caja posterior. Vió alfombras enrolladas, aparatos gimnásticos de último modelo, muebles de tubular solidez, y algunos barriles conteniendo numerosos objetos de adorno.

El camión había penetrado en la Riverside por el puente de Harlem, el barrio negro, y ahora, al otro extremo de la ciudad, rodaba por las estrechas calles de Chinatown, poco transitadas a las doce de la mañana.

Entró en la 21, principio del barrio armenio, y Lars Haines repiqueteó con los nudillos junto a la mirilla tras su nuca.

De uno de los barriles emergía el busto de Rex Logan, el cual entre sus manos contemplaba los dos guantes-garras. Unas garras incurvadas de puntas agudas y de un largo aproximado a los diez centímetros.

Un instrumento mortal, aunque la manopla contuviera manos pequeñas. Volvió a encerrar en el saquito los dos guantes asesinos.



«sólo unas manos pequeñas...»

Salió del tonel, para después, sentado en un aparato de remos, apoyar la espalda en el tabique. Veía perfectamente el perfil tallado en bronceada y dura carne del noruego.

—Tiene derecho a hacerme todas las preguntas que quiera, Logan. Pronto llegaremos al final de su viaje. Ha sido usted en

exceso discreto. En cuarenta y cuatro horas de viaje no he oído el timbre de su voz.

—Ya no soy un agente preguntón, Haines. De todos modos no estará de más que me instruya acerca de Ben Lenox, si es que lo conoce.

—De oídas. El patio en el que penetrará el camión es también acceso al garaje del edificio en que tiene Lenox sus oficinas.

—Creo recordar que hace tiempo el nombre de Ben Lenox sonó mucho, y con extraña fama.

—Empezó muy joven su carrera. En los años de la Ley Seca, Ben Lenox, cuando aún no había cumplido la veintena, participó en la matanza de la cuadrilla de Diamond. Era la época en que lo difícil no era matar, sino encontrar jueces que demostraran la culpabilidad. Se atribuyeron a Ben Lenox muchos asesinatos, pero si ha estado en la cárcel ha sido por tonterías como no declarar ingresos, o contravenir la ley del timbre fiscal. A medida que fue haciéndose más difícil enfrentarse con jueces. Ben Lenox acabó de comerse sus grandes beneficios. Le gustaba vivir a lo gran señor. Un yate propio y varias casas en Méjico y en La Habana.

—Ésta era la historia que conocía acerca de Lenox.

—También tenía la pasión de la caza. Es decir, cuando no podía cazar bandas rivales, se iba a disparar rifles contra otros animales. Cuando reunió el resto de su fortuna decidió emplearla en «bookmaker», uno de los pocos negocios medio prohibidos que hoy perduran.

—Mantenedor de apuestas.

—En los tres últimos años. Ben Lenox ha consolidado su regeneración, y la policía no le importuna. Es un individuo curioso, según tengo entendido. Casi simpático, pero en el fondo de una crueldad implacable. Por volver a ser millonario sería capaz de todo.

El camión penetraba ya en extremo sur de la isla de Manhattan, la sede del Mulberry Bend, barrio italiano; el Yorkville, barrio alemán, y las tiendas de anticuarios judíos.

Las casas iban decreciendo en altura. A los rascacielos y arterias anchurosas habían sucedido las callejuelas y míseras casuchas del Bowery.

Por fin el camión se detuvo atravesado en una acera. Lars Raines

tocó el claxon con tres prolongados y uno corto.

No tardaron en abrir la doble puerta que daba acceso a un pequeño patio. El mismo individuó que había abierto, tras cerrar se dirigió a otra doble puerta que descubrió una rampa descendente.

El sótano contenía ya otros dos coches: un sedán rojizo y una furgoneta.

Paró Haines el motor, y antes de bajar, por la mirilla dijo:

—Esperando zarpe mi barco, tengo alojamiento en esta casa. Considero una intromisión por mi parte decirle que tenga cuidado con Ben Lenox. Era necesario, al parecer, acudir a él.

Rex Logan saltó de la caja. Miró en su rededor. Un sótano dividido en cuatro compartimientos, sucio, húmedo, porque muy cerca destilaba sus aguas fangosas el East River.

Lars Haines parecía muy ocupado en revisar el motor. El individuo que había abierto estaba esperando al fondo, en el último peldaño de una escalera de piedras rezumando humedad.

La única luz era una bombilla plagada de estancias de moscas.

Rex Logan se colocó la americana gris cruzada y se caló el sombrero azul. Tocó en el hombro a Haines:

—El equipaje usted se encarga de que me lo dejen en las habitaciones que supongo me habrán reservado en este «palace».

En lo alto de la escalera el individuo que esperaba no tenía nada de un cordial anfitrión. Grueso y cubriendo su traje con una amplia blusa gris, parecía un tendero.

Miraba aviesamente al que iba subiendo, y girando sobre sus talones, empujó una puerta. Daba a una trastienda en cuyos estantes había latas de conserva, frascos de condimentos y salsas, y grandes cajas de «salam», el embutido favorito de los judíos no practicantes.

El individuo señaló a un lado una escalera con el pulgar. Casi parecía estar al borde del escupitajo despreciativo.

Rex Logan se dirigió hacia él, para decir con monótona entonación:

—Enséñame los bajos, gordo.

Y lo apartó con un leve toque. Un extraño toque, porque se limitó a pellizcar entre el pulgar y el índice cierto músculo de unión del cuello con el hombro.

Aún a través de su grasa el rechoncho de la blusa sintió una

descarga de calambre, como si hubiera sido tocado por un cable eléctrico.

Se retorció sobre sí mismo, y miró a Logan, que penetraba tras el mostrador. Una vulgar tienda «grocery» que daba a una mísera calle del Bowery.

Atrás, el gordo refunfuñó:

—No repitas la broma, polizonte.

Agitaba en su mano diestra un mazo que habitualmente servía para aplastar bacalao en remojo.

Lo balanceó porque había adivinado que iba a recibir un golpe. Lo recibió donde no lo esperaba. En el antebrazo, y el mazo cayó al suelo, mientras el gordo se asía la muñeca, abriendo mucho la mano, con la súbita sensación de que no podría cerrarla más.

Rex Logan fué casi amable al advertir:

—Se recibe mejor a los futuros amigos, gordo. A mí no me miras más de este modo, ¿te enteras? Si vas a llamarme matón, te lo tragas, porque me sabría mal presentarme como un sacamuelas. Tus muelas están cariadas y saltarían asquerosamente. Avisa a tu amo que he llegado.

El gordo siguió intentando cerrar los dedos. Pasó al mostrador, descolgando un teléfono en el que sopló. Tenía el rostro lívido, de furia contenida.

—Ha llegado el que usted esperaba, patrón.

Escuchó un instante y, colgando, dijo sin mirar:

—Por aquella escalera se llega al despacho de Ben Lenox.

Rex Logan subió las escaleras, hasta pisar un largo rellano. A su lado izquierdo estaba tapiado, y hacia la derecha, al fondo, junto a una mesa, dos individuos permanecían sentados.

Uno de ellos, delgado y bien vestido, tenía cara de padecer del estómago. El otro, alto y ancho, llevaba impreso en el semblante su profesión, porque la achatada nariz y las orejas retorcidas hablaban de muchas palizas encajadas.

Se puso en pie, mientras el otro seguía apuntando junto a la columna de un periódico números. El boxeador concluyó:

—Y dan siete a tres por «*Lady* Bet». El patrón ofrece a dos.

Fue a abrir una puerta por la que asomó el busto.

—Está aquí, patrón —dijo hacia el interior.

Una voz grave, bien timbrada, replicó:

—Que pase. Y no quiero ser molestado por nadie. Buddy.

Buddy regresó a su asiento. El otro miraba con atención a Rex Logan, que acababa de introducir una moneda en un aparato de bolitas de chicle.

Cayeron dos en la palma del expatrullero, que, llevándoselas a la boca, pasó al interior del despacho, cuya puerta cerró Buddy con el pie sin moverse de su asiento.

Ben Lenox daba la impresión de un severo fiscal. Su despacho estaba amueblado como el de cualquier abogado próspero. Estanterías con libros, mesa para máquina de escribir, un tresillo, y en la mesa-despacho, un calendario mecánico, un gavetero para papel, un cajón-archivo y una carpeta de piel azul.

Físicamente, Ben Lenox tenía el cabello completamente blanco. El rostro tenía profundas arrugas en rededor de los azules ojos, la delgada boca y la carnosa nariz. La barbilla y mandíbulas eran recias, sobresalientes.

Estaba pasando un pulidor por sus uñas sacándoles brillo. Unas manos pequeñas. Su estatura no rebasaría del metro cincuenta y cinco.

Mientras Logan avanzaba, Ben Lenox, sin mirarle invitó:

—Siéntese. Puede considerarse como en su casa. Es muy posible que Spider lamente haberle recibido poco cortésmente. Spider es el que pertenece a mi departamento administrativo. La tienda de abajo es muy frecuentada por italianos, armenios, mejicanos y judíos. Les gusta apostar por caballos, boxeadores, bateadores, y todo cuanto pueda producir un beneficio elevado.

Rex Logan, sentado, miraba en rededor. No había ventanas. Un exceso de calefacción.

Ben Lenox vestía un elegante traje cruzado de seda gris. Su camisa era azul oscura, y una corbata amarilla bien elegida daba un toque dorado en contraste con el azul oscuro del pañuelo que sobresalía ampliamente del bolsillo superior.

Gemelos de oro, reloj con cadena de oro, un anillo de platino con un pequeño diamante, y bajo la mesa, los pequeños pies calzaban tafilete negro.

Era evidente que en el sillón giratorio, elevado al máximo, había cojines.

Los azules ojos, metálicos, duros, de brillo extraño, hicieron

pensar a Logan cuando se posaron en él, que muy posiblemente Ben Lenox debía tomar alguna droga.

—Spider es basto, y siente un profundo sentimiento de antipatía hacia los que representan o representaron a la Ley. En el rellano habrá usted conocido a Buddy, un boxeador poco cerebral. Abandonó el *ring* porque el médico se lo aconsejó. El médico es el otro que ha visto. Se llama Potter, y le obligaron a entregar su licencia de ejercer. Buddy y Potter forman lo que podemos considerar el departamento ejecutivo. A veces, los que apuestan, al perder no quieren pagar. El sistema de apuestas en Nueva. York no es tolerado, salvo entre amigos. Es decir, que puede entrar en la tienda cualquiera y pedirle a Spider que tome nota de que quiere apostar una cantidad que especifica por un caballo, o por quien sea. Spider no percibe ningún dinero y se limita a anotar, y el otro firma. Al día siguiente, el perdedor debe venir a pagar si ha perdido, o a cobrar si ha ganado. Cuando apuestan con la cara solamente y al día siguiente no quieren pagar, Buddy y Potter saben convencerles de que no vuelvan a ser informales. Generalmente, todos pagan. Un negocio pobre.

—Vengo desde Chicago, y no me interesan las apuestas, Lenox.

—Lo supongo. Pero consideré mi obligación presentarle a los componentes de mi negocio. Un pobre negocio. ¿Debo presentarme?

—Rondará usted ya los cuarenta y cinco. No es ningún debutante.

—Cuarenta y dos recién cumplidos. Y llevo tres años meditando en el buen asunto que me permitiera abandonar esta pocilga. Francamente, la oferta que he recibido ha tenido un principio hábil. No es frecuente hallar un pagador inteligente que envíe por correo una caja de habanos. Veinte habanos de «Glay», y bajo cada papel de plata un billete de mil. Una caja muy interesante.

Rex Logan asintió. Siguió escuchando.

—La recibí hace cuatro días. Y por la noche una visita que puso a prueba mi sistema nervioso. Las instrucciones que recibí demostraban inteligencia. Personalmente nunca he sido partidario de máscaras. Pero comprendo que quien paga veinte mil dólares como tarjeta de visita tiene derecho a todo. Y perdón… ¿Desea usted tal vez bañarse, y comer? Está usted en su casa.

—Prefiero antes oírle atentamente, Lenox.

—Mi visitante al marcharse dejó otra, caja de habanos. Esta vez, cada papel de plata envolvía cinco billetes de mil. Parece una generosidad imprudente. Con ciento veinte mil dólares otro se retiraría de los negocios. Pero mi visitante sabe calibrar los temperamentos.

—Sí. No hace falta que lo recalque.

—La promesa de redondear el medio millón para mí, y cien mil para cada uno de mis tres empleados debía ser estudiada con calma. Hoy en día matar no resulta tan sencillo. Antes existía una corrupción favorable entre las autoridades. Hoy, el que mata y es capturado va a la silla eléctrica.

Levantando la carpeta, Ben Lenox extrajo una gran hoja de papel de dibujo que volvió a enrollarse al quedar sobre la mesa.

El *gangster* la sujetó por sus cuatro esquinas con el peso del calendario, de un pisapapeles, del tintero y de un cenicero de bronce.

Rex Logan se levantó para colocarse al lado del hombrecillo del cabello blanco, el cual empleó el pulidor como puntero.

En la hoja, dibujando, había un plano de edificio.

—He pagado cinco mil por este plano. Se lo encargué al italiano que hace apenas diez días colocó en esta casa el sistema de alarma. Al poco de la muerte en Chicago de un tal Rufus Simpson. El italiano está empleado en una gran compañía de montajes eléctricos. El mismo ha dibujado con tinta china roja la red.

El pulidor siguió el trazo rojo hasta detenerse en una cruz.

—Ésta es la tablilla de conexiones, instalada tras el compresor de la nevera. Yo he de someterle a usted, y para esto he cobrado el anticipo, mis estudios del terreno. Esta vez es imposible emplear las lacrimógenas. En el «office» cenan hacia las once un mayordomo, un chófer, dos criadas y la cocinera. Cinco personas.

—Puede comprar.

—Lo pensé. Y Potter ha entablado ya amistad con el chófer, un sujeto que gusta de apostar. Potter le sopló dos secretos, y el chófer al ganar un par de cientos ve en Potter a un Mecenas. Sería posible conseguir que el chófer vertiera narcótico, y así Spider levantaría con facilidad los contactos de alarma.

—¿Cómo entraría Spider?

—Cuando el chófer desconectase el timbre de la puerta del

«office».

—El chófer puede ir a la policía.

—Sí. Pero Potter sabrá darme una contestación efectiva esta misma noche. Demos de momento por resuelto el problema servidumbre y alarma. Quedan el dueño de la casa, su esposa, un hijo y una niña. Y hay dos privados permanentes en la casa.

—Seis personas más.

—Verá: si en Chicago no hubiesen muerto ya Simpson y Butler, tal vez ni yo hubiera recibido ciento veinte mil, ni habrían instalado la alarma, ni estarían dos privados percibiendo un elevado sueldo para garantizar que el hombre-tigre no visitará al dueño. La oferta que me han hecho es generosa, pero pocos la hubieran aceptado. Es necesario matar mientras las zarpas arañarán.

—Cualquier ruido en el «office» alertará al dueño.

—El dueño ha debido visitar al
F. B. I.
Y yo deduzco que no ha contado todo lo que sabe, limitándose a declarar que se siente amenazado, porque si hubiera dicho lo que sabe, el
F. B. I.
custodiaría la casa. Conste que yo deduzco, pero nada sé.

—Una discreción elogiable. Si fué elegido, Lenox, es porque tiene usted la requerida capacidad.

—Gracias. Dando por supuesto que Potter convenza al chófer, y que Spider sin ruido desconecta, yo puedo garantizar que Buddy se hará cargo de los dos privados, y Potter de los hijos. La esposa sabré hacerla callar.

—Sobre el papel todo es fácil, Lenox.

—No lo ignoro. Y tampoco lo ignora quien me ha pagado el anticipo. Las muertes de Simpson y Butler, que han desconcertado a la policía, podría muy bien explicarlas el dueño de esta casa. Y por esta misma razón vive inquieto. Es seguro que habrá dicho a la servidumbre que desconfíen, alegando, a lo mejor, un posible robo. Es también joyero, y tiene fama de buen tirador.

—¿Cuál es el diario movimiento del dueño de esta casa?

—Desde que instaló la alarma no sale. Es más, mandó a buscar a sus colegios, donde estaban internados, a sus dos hijos.

—Por lo tanto es obligatorio cazarlo en su cubil. Ben Lenox dejó

caer el pulidor. Sonrió.

—El término «cazar» es paradójico en este caso, ya que es la fiera la que actúa.

—Usted ha percibido dinero para poner a punto la senda por la que el dueño ha de recibir los zarpazos. Cuando esté todo resuelto volveremos a hablar. Ahora, si en esta casa la hay, desearía una habitación de la que no saldré hasta el momento de actuar.

—Su discreción supera la mía, Rex Logan. En el anticipo he incluido el riesgo que supone alojarle. Volveremos a reunirnos en el momento oportuno. Lars Haines le traerá cuánto pida.

—Lars Haines parecía no conocerle.

—Como usted de oídas. También le doy alojamiento.

—No me gusta Spider.

—Es antipático, pero yo respondo de ellos tres. No niego que verían con agrado que un expolicía perseguido tuviera un mal fin. Pero he sabido demostrarles que usted representa el negocio que hace tres años he estado esperando. Yo mismo le acompañaré, Logan.

El *gangster* quitó los pesos y alisó la hoja, colocándola de nuevo en la carpeta. Se levantó.

Le llegaba a Logan a ras del hombro. Andaba con la felina elasticidad de un bailarín, pero no daba ninguna impresión de afeminamiento, sino todo lo contrario.

Alzó una cortina y abrió una puerta lateral que daba a un pasillo de cuatro habitaciones. Explicó:

—Spider, Potter y Buddy duermen en ésta. Prefieren estar juntos, posiblemente por antigua costumbre de vivir algunas temporadas en celdas. Ésta es mi habitación, cuyo cuarto de baño es comunicante con la habitación que usted ocupará.

Abrió la puerta del final a la izquierda. Una alcoba bastante confortable. Y antes de cerrar indicó:

—En la habitación de enfrente residirá Lars Haines. Cualquier cosa que necesite pídala por aquel teléfono.

A solas, vió Logan el maletín sobre una mesa, y el baúl-armario, ya abierto, con sus trajes, camisas, zapatos, mudas. Todo a su medida.

Se quitó la americana y fué a tenderse boca arriba en la cama. En el hombro izquierdo negreaba el tirante y sobresalía el largo

cargador de veintidós de la pistola-ametralladora.

De cuánto había dicho Ben Lenox había una frase que empezó a martillear con ritmo constante en el cerebro de Rex Logan:

—«Es necesario matar, es necesario matar»…

CAPÍTULO X

«EL SÉPTIMO ENANITO»

En la soberbia mansión de la ribera derecha del Hudson, edificada con estilo netamente británico, una criada miró a través de una ventana a los dos visitantes que acababan de apearse de un coche, después que les fué abierta la verja del jardín.

La criada sonrió, para comentar en voz baja con su compañera:

—La cigüeña y el bebé.

La otra rió con esfuerzos convulsivos, para ahogar, la carcajada. En efecto, los dos visitantes contrastaban: uno era alto y muy zanquilargo, mientras su compañero era pequeño y de leonina cabeza.

Byron Rokland y Eric Fox fueron introducidos en el salón, donde, avisado por teléfono, esperaba Archibald Sinclair, que, en pie, no aventajaba en mucho la estatura de Eric Fox, el pintor.

Con tiesa y británica cortesía, Sinclair anunció:

—Tomen asiento, señores. Confieso que me sorprendió su mensaje, señor Rokland…

Y miró dubitativo a los dos. El periodista señaló al pintor.

—Eric Fox, de fama, mundial, señor Sinclair. Es en realidad, gracias a cierta confidencia que le hicieron en Londres, que Fox me ha permitido reunir los datos que me faltaban acerca de una extraña asociación.

Archibald Sinclair, inmutable, se sentó, tras haberlo hecho sus dos visitantes. Dijo:

—Aludió en su llamada telefónica, hace media hora escasa, a ello, señor Rockland. Añadió que era usted periodista independiente, y creo, en efecto, haber leído algunos artículos suyos.

—Seguramente los concernientes al caso del hombre-tigre.

—Muy original.

—Iré por partes, Sinclair. Primero, y gracias a lo que sabía mi amigo Eric, puse un largo cablegrama a Londres a un periodista amigo mío que me corresponde con informes, ya que yo le facilito los que desea. Se extrañaría usted, Sinclair, si supiera hasta qué punto un periodista bien enterado de su oficio consigue averiguar datos carentes de importancia para todos, salvo para una o varias personas. En este caso los datos obtenidos, y que han motivado mi viaje a Nueva York, son del más urgente interés para usted.

—Lo juzgaré cuando los haya oído.

—Hace quince años, en Londres, siete hombres de corta talla, modestos empleados, se unieron en un club privado. Con humorismo muy británico se nombraron con los apodos de los personajillos del cuento «Blancanieves».

Rokland sacó del bolsillo de su abrigo una libreta de tapas rígidas. La consultó, mientras con ademanes tranquilos Archibald Sinclair presentaba una caja de cigarrillos, oferta que aceptó Fox y denegó el periodista.

—Los siete componentes del club se apellidaban: Saunders, Sydham, Barrie, Aldington, Simpson, Butler… y Sinclair. Más concretamente, Archibald Sinclair, cuya física descripción corresponde a la suya Sinclair.

—No tengo por qué negar que en mi juventud juzgué irónico pertenecer a dicha asociación.

—De cuyos miembros tres murieron en partida de caza en África. Y el cuarto, en su cama, de larga enfermedad. Una anemia perniciosa. Otros dos han sido asesinados en Chicago. Y el último con vida de la asociación es usted, Sinclair.

—Cierto. Leí con verdadera pena la noticia de la muerte trágica de Rufus Simpson y Henry Butler.

—Seré algo rudo, Sinclair. Leyó usted con pena… y pánico, porque hizo instalar un sistema de timbres de alarma, y ha empleado a dos detectives privados.

—Tengo a veces en mi caja particular piedras preciosas sin tallar. Es natural que tome mis precauciones.

—Hace ya ocho años que reside usted en Nueva York, y hasta hace poco el único sistema de alarma que existía en su casa lo tenía en el despacho. Y los privados los ha empleado hace cinco días. Casi

estoy por asegurar que están oyéndonos.

—No. Se hallan en el piso superior.

—Usted envió a buscar a sus dos hijos casi poco antes de los exámenes. Simpson y Butler eran solteros. Pero usted teme por sus hijos. Y, francamente, los está usted exponiendo a una muerte horrible, así como a su esposa.

—Creo, señor Rokland, que cuánto dice pertenece a mi personal incumbencia.

—Soy periodista y artista de la deducción. Debo recordarle que fui yo quien reveló la doble personalidad del agente Logan, hoy fugitivo, y muy posiblemente en Nueva York. Si persiste en mantenerse en el plan de estricta intimidad es su derecho, Sinclair. Pero también es mi derecho no esperar más a publicar la verdad del caso de los Siete Enanos.

—Suponía que íbamos a llegar a este punto, Rokland. Y usted sabrá que cualquier calumnia tiene severas penas en el Estado de Nueva York. La Prensa goza de muchos privilegios, pero por esta misma razón es severamente castigada cuando tergiversa las cosas.

—Mi historia se basará en el verídico relato que cierto cazador contó a Eric Fox, allá en Londres. Se llamaba Rufus Simpson.

—Rufus Simpson tenía el apodo de «el Mudo» —ironizó Sinclair.

—Pero bebió en exceso y se desquitó de su mudez. Yo le expondré cuánto habló, y que por entonces a Eric Fox le pareció un cuento propio de borracho.

Y Rokland mintió con gran sinceridad, porque sus deducciones se lo permitían:

—Siete modestos empleados ahorran para durante dos meses, después de años de renunciar a sus vacaciones, ir a África a satisfacer su pasión por el deporte de la caza. Una caza mayor.

Archibald Sinclair aplastó el cigarrillo y levantándose atrajo hacia sí un mueble rodante, una licorera. Extrajo tres copas y un frasco de *whisky* escocés.

Vertió en las tres copas y preguntó al prolongarse el silencio de Rokland:

—¿Con soda, Rokland?

—Seco, y gracias.

—¿Con soda, señor Fox?

—A la cruda luz del día me abstengo de beber, señor Sinclair.

Gracias de todos modos.

El inglés bebió también seco. Al depositar el vaso dijo:

—Le ruego continúe, Rokland.

—Ya que no quiere hacerlo usted prosigo. En sus correrías los siete amigos tropezaron con una de las tantas grutas en las que se internaron buscando alguna fiera. Encontraron lo que primero les pareció una veta carbonífera. Era un lugar donde hasta los más técnicos del *trust* diamantífero dejaron de explorar, convencidos de la imposibilidad de hallar siquiera un mal pedrusco de cuarzo. Richard Aldington trabajaba en una joyería como dependiente. Había estudiado todo lo relacionado con joyas. Debió ser inmensa la alegría de los siete amigos al comprender que en aquella gruta había millones de libras esterlinas, y que el terreno podía ser comprado fácilmente.

—En efecto, nos fue vendido a muy buen precio. Y obtuvimos el préstamo inicial sin tener que mencionar la mina.

—No me interrumpa, por favor, Sinclair. Entraron en la gruta siete y poco después, días o horas después, detalle que no especificó Simpson, apareció un tigre, bajo cuyas zarpas quedaron destrozados Saunders, Sydham y Barrie. Un occidente más de los numerosos por aquella región. El «Stars South», recorte que obra en mi poder, le dedica solamente unas líneas.

—Era un tigre encelado que debió ser picado por algún reptil, porque atacó con ímpetu indescriptible.

—Desmiéntame, Sinclair. ¿Por qué no dispararon los cazadores Aldington, Simpson, Butler y Sinclair? Poseían unos magníficos rifles de repetición. Eran cuatro, y el tigre tenía suficiente trabajo con atender al destrozo de Saunders, Barrie y Sydham.

—¿Usted ha cazado alguna vez tigres, Rokland?

—No.

—Es incalculable la rapidez con que salta, destroza y huye cuando se lleva presa. En este caso se llevó la mitad del pobre Sydham. Duró apenas un minuto.

—Escuche, Sinclair: yo no he ido al África, pero me metieron en una isla del Pacífico llamada Nueva Guinea. Ignoro lo impresionante que puede resultar un tigre, pero le aseguro que diez japoneses saltando de improvisto sobre un par de centinelas paralizan de miedo, y sin embargo uno aprieta el gatillo.

—Empieza a insinuar algo muy desagradable —dijo secamente Sinclair escanciándose *whisky*.

—Yo no insinúo nada, sino que me limitaré a detallar en la Prensa la partida de caza. La deducción la hará el lector, y emplee usted entonces su derecho de procesar a los millones de lectores, que muy mal pensados estimarán que el tigre que redujo a cuatro la sociedad en embrión de ricos mineros fué un tigre muy providencial.

—Nadie nos acusó entonces de haber dejado morir a nuestros tres amigos.

—Su conciencia ya le hablará, Sinclair. Pero yo no la oigo. Henry Butler, cuando murió Simpson, no acudió al
F. B. I.
Se limitó también a colocar un sistema de alarma, y entregar armas a su mayordomo y chófer. Dormía con una pistola-ametralladora sobre la mesita de noche. Le destrozaron el cráneo y el pecho a zarpazos.

—En definitiva, ¿cuál es el objeto de su visita. Rokland?

—Pedirle una colaboración cívica, Sinclair. Si usted que posee más datos que yo me los hace saber, podríamos evitar que la tercer, y última visita del hombre-tigre tenga éxito.

—No sé más de lo que usted ha contado, Rokland.

Byron Rokland se puso en pie, paseando un instante por entre los sillones. Y súbitamente, en voz baja, casi en un susurro, dijo:

—Publicaré como final de la historia de la partida de caza, que usted, el séptimo enano, ha heredado de los solteros Simpson y Butler. Fíjese bien que me limitaré a comentar la gran amistad *postmortem* que ha hecho acrecentar su ya considerable fortuna. No es insinuación ni calumnia. Es especificar un hecho, pero el mal pensado lector se preguntará dónde estaba usted las noches en que murieron Simpson y Butler.

—Y quedará bien establecido que estuve en Nueva York.

—Pero con sus millones, Sinclair, se encuentra fácilmente mano de obra.

—Acaba de acusarme y delante de un testigo.

Eric Fox pareció despertarse. Abrió los ojos y dijo suavemente:

—¿De qué se trata? Perdonen, pero la luz cruda del día me adormila. ¿De qué se trata, señor Sinclair?

—Su compañero acaba de acusarme del asesinato de Simpson y Butler.

—¡Byron! —exclamó como apenado el pintor—. No te atrevas a repetir lo que no he oído, o me pondrías en el molesto trance de tener que confirmarlo si el señor Sinclair me lo pedía judicialmente.

Rokland volvió a sentarse.

—Estoy adelantándome a la policía en horas o días, Sinclair. Tengo la absoluta convicción de que el hombre-tigre actuará prontamente. Y usted deja que una señora y dos menores…

—Esta misma tarde mi esposa y mis hijos emprenden un viaje de reposo hacia las Bermudas. Estaban últimamente muy fatigados.

—Al menos cumple usted con un deber familiar. Me baso ahora en deducciones. ¿Ha pensado usted en la posibilidad de que Sydham, Barrie o Saunders, los tres destrozados por el tigre, tuvieran algún hijo natural? Eran solteros al morir. Pero tenían hermanos, primos y demás parientes. ¿Ha pensado en que Aldington en su lecho de muerte, para emplear el término folletinesco, arrepentido, escribiera la verdad y enviase la confesión a cualquier familiar de Saunders, Sydham o Barrie? Aldington murió hace apenas tres meses.

—Ignoro totalmente si los tres compañeros que el tigre destrozó tenían parientes que pudieran recibir una falsa interpretación de los hechos.

—No nos queda más por hablar, Sinclair.

—Un momento. ¿Piensa publicar…?

—Nuestra entrevista, no. Podría usted importunarme. Pero la historia de la caza del tigre y la herencia, sí.

—¿Y si yo le rogara que no lo hiciera?

—Le he estado yo rogando antes y casi me ha tratado usted de bicho venenoso, calificativo que me prodigan siempre que voy acertando.

—Pudiera ser muy bien que Aldington interpretase mal lo que allí sucedió. Nunca hablamos de ello, pero los cuatro supervivientes nunca volvimos a empuñar un rifle. Sin decirlo, nos reprochábamos no haber dominado el pánico.

—Ésta es su versión, Sinclair. Pero fué un pánico muy productivo. Y yo creo que al establecer la cláusula de que heredarían los cuatro supervivientes por partes iguales al morir uno

de ellos, el lector mal pensado deducirá que fué como un pacto de mutuo silencio.

—Aldington al morir legó su fortuna a instituciones benéficas. Residía en Londres.

—Tuvo largo tiempo de darse cuenta de que moría. ¿No les escribió ninguna carta?

Sinclair se levantó. Se acentuaba la palidez de su ascético rostro. Fué a una mesa, manipuló en unos resortes y sacó una cajita.

—Le mostraré lo que me escribió Aldington, si me firma su renuncia a publicar la historia.

—De acuerdo —convino rápidamente Rokland.

Garrapateó unas líneas que fué leyendo a medida que escribía:

> «Declaro ser producto de mi imaginación cuanto pueda escribir a partir de la fecha de este documento acerca de una partida de caza al tigre y una asociación de siete hombres de corta talla. Lo ratificaré ante legal autoridad».

Escribió la fecha y firmó. Al tenderlo a Sinclair, éste le dió el contenido de la cajita. Un sobre largo, con lacres abiertos.

En voz alta. Rokland leyó:

> «Manor Ghost, Sussex, 7 de enero de 1952:
>
> »De Richard Aldington a Archibald Sinclair:
>
> »La ciencia médica me ha desahuciado y no tardaré en enfrentarme con John Sydham, Albert Saunders y George Barrie, y en el más allá no se puede mentir. Muchas han sido las noches en que he creído oír el espantoso rugir de un tigre junto a mi cabecera. Yo, personalmente, sé que pude disparar y no lo hice. Recuerdo con vigorosa precisión nuestra actitud. Ellos estaban apartados, preparando el té, cuando saltó el tigre. Nosotros cuatro estábamos bien situados para disparar, y sólo lo hicimos cuando el tigre se alejaba. Pudimos hacerlo mucho antes.
>
> »He de comunicar esta villanía a quien debe saberlo. Una confesión que no borrará nuestro crimen, y lo hago porque han sido muchas las noches en que junto a mi

cabecera he creído oír el rugido de un tigre, cuyos ojos eran alternativamente los de Sydham, los de Saunders y los de Barrie.

»No hay humana ley que nos pueda castigar, pero hubiera sido preferible, Archibald. Recibirás esta carta cuando el notario y albacea se haga cargo de mis bienes y documentos.

»Adiós. —*R. Aldington*.

—Apenas recibí esto carta hice lo que supongo harían Simpson y Butler: tratar de investigar quién podía ser la persona a quien Aldington como escribía comunicaría, lo que calificó de villanía. Una agencia londinense me ha remitido hace tres días la lista de los que recibieron donativos en el testamento de Aldington. No fué posible averiguar las cartas que remitió el notario a la muerte de Aldington. Ésta es la lista de los beneficiarios.

Rokland fué leyendo en voz alta:

—«Dorothy Lyn, ama de llaves, mil libras. Reside en Londres.

»Richard Compton, jardinero, doscientas libras. Reside en Norfolk.

»Janet Fenimoor, maniquí londinense, mil libras».

Y súbitamente, Rokland gritó al deletrear visualmente el nombre que seguía:

—¡Castaña! ¡Nunca lo hubiera supuesto! Ya sé quién es el hombre-tigre.

Dobló la lista remitida por la agencia londinense, y dijo:

—Antes de revelarlo, Sinclair, ha de acceder usted a lo que voy a pedirle.

—Diga.

—Eric y yo vamos a disfrutar de su hospitalidad. No creo que tarde usted mucho en recibir la visita. Y quiero ser yo quien atrape al *tigger-women*.

Archibald Sinclair replicó:

—Considero mucho más razonable, en vez de esperar, hacer detener…

—No, porque habría que demostrarlo, y sólo puede demostrarse colocando una mano sobre el hombro de quien lleva la máscara de tigre.

Intervino Eric Fox:

—Lo menos que puede tener, señor Sinclair, es gratitud hacia un periodista que ha renunciado al reportaje más sensacional.

—Tengo ya dos agentes privados.

—Despídalos. Yo y Eric sabemos disparar con acierto. Que esta tarda partan de viaje su esposa e hijos. Despida a los privados, afirmándoles que ya pasó el peligro.

—Pero ¿quién es…?

—Como siempre sucede, quien menos nos lo parece. Dé también licencia a la servidumbre. En esta casa hemos de estar tan sólo usted, la presa del tigre y Eric y yo, los cazadores al acecho.

CAPÍTULO XI

«TIGGER-WOMAN»

—Es posible que la máscara y las zarpas le hayan sido entregadas para que las use, Logan —dijo Haines.

Terminaban de cenar los dos. Hacía ya tres días que Rex Logan no abandonaba para nada la habitación. Lars Haines, aquella misma tarde había mostrado su pasaje en un barco que zarpaba al día siguiente.

—Yo he de ganarme cincuenta mil y una prima equivalente. Tanto me da emplear las zarpas como la pistola.

—La respuesta final que aguardábamos —dijo Lars Haines—. Ya es usted plenamente acreedor de nuestra confianza, Logan. Salvo la personalidad del hombre-tigre le revelaré que fuimos yo y la banda de Lenox los que gaseamos a la servidumbre.

—No tengo necesidad de que cuente nada, Haines.

—Mañana embarcaremos, yo hacia Noruega, usted hacia donde le espera Beryl Kolner. Esta noche morirá Archibald Sinclair, que es el último superviviente de una partida de caza. Usted y yo tenemos a nuestro cargo desarmar a Sinclair, mientras Lenox y los suyos se encargan de los dos privados. El chófer ha consentido en narcotizarse.

—Y narcotizar como yo me gaseé. Tendré que intentar el ajuste de la máscara. La lengüeta que modifica la voz y que al soplo vibra en rugido, es perfecta, pero incómoda.

—Usted no llevará la máscara que pertenece a quien cumple una venganza. En la caja de Simpson se encontró además del millón en piedras, una fuerte suma. Simpson creía que aquella noche iba a recibir la visita de un comprador tratante en joyas que le ofrecería también piedras chilenas. Con el dinero allí obtenido se ha pagado a Lenox.

—Y me toca a mí decirle una cosa, Haines. Esta noche Spider, Buddy y Potter llevarán pistola.

—Han de disparar con silenciador.

—Pero yo no seré el que caiga, ¿entiende?

Lars Haines no se inmutó, sino que asintiendo dijo:

—En efecto, esto iba a anunciarle. Es más que seguro que Lenox y sus tres pistoleros, al término de la actuación, hubiesen disparado contra usted. Dijeron que usted era un polizonte fugitivo, y que más tarde o más temprano sería peligroso. No pueden ellos comprender que usted ya renunció a todo porque ama a Beryl Kolner.

—Su amo saldrá beneficiado, Haines, porque la supresión de Lenox y su trío supone tres testigos mudos.

—Esta tarde, la esposa e hijos de Sinclair han salido de viaje. Y mañana la servidumbre iba a disfrutar de una licencia de un mes. Siguen los dos hombres vigilando la casa en su interior. Por la noche tienen la costumbre de dormitar en el pasillo superior entre las habitaciones. Y Sinclair, según ha revelado el chófer, adopta la postura del cazador al acecho, con un rifle al alcance de su mano ante el fuego de su chimenea en la alcoba. Las ventanas son imposibles de abrir desde fuera. Es, pues, necesario suprimir a los dos privados.

Lars Haines recogió la bolsa que contenía los guantes y la máscara.

—A las once y cuarto en punto posaré a buscarle, Logan. Emplearemos la furgoneta. Supongo que las zarpas y la máscara cubrirán las manos y rostro del cadáver de Ben Lenox: después…

La furgoneta seguía a un coche, cuyo conductor no podía percibirse. El coche se detuvo y la furgoneta conducida por Lars Haines, se mantuvo a treinta metros.

En el compartimiento posterior iban Ben Lenox. Buddy, Polter y Spider. Saltó Spider.

Lenox susurró al oído de Potter:

—Tú mismo te encargas de liquidar a Logan. A él le colocarán las zarpas y la máscara; después…

Junto al volante, Rex Logan comentó:

—El sitio es bueno. Aparcamiento legal.

—Spider estará ya desconectando la alarma. Vamos.

Penetraron por el sendero exterior a la mansión de Sinclair. Iban

delante Lenox y los otros dos. Un poco rezagado, Logan, y, por último, Lars Haines.

Cada cual sabía su camino. Lenox y los dos pistoleros llegaban ya al garaje, cuando se detuvieron.

Brillaba la pechera de un *smoking* bajo la testa de tigre, y los dos guantes se cruzaban a la altura del pecho del enmascarado que acababa de surgir del garaje.

Las zarpas señalaron el garaje y en él entraron Lenox, Buddy y Potter. Les siguió el hombre-tigre, que antes señaló su costado izquierdo a Logan, y el derecho a Lars Haines.

Desde el garaje se ascendía por una escalera al «office», en el que encontraron desmadejados en posturas grotescas a la servidumbre.

Spider agitó la pistola en la diestra. El largo tubo silenciador con que todas las armas iban provistas, señaló la puerta a sus espaldas, que abrió.

Otro corredor, que comunicaba con el piso bajo. Por él se deslizaron Lenox, Buddy y Potter, a los que siguió Spider.

El hombre-tigre, al final del corredor abrió los brazos. Su menuda figura hacía resaltar más la talla de sus dos acompañantes.

Las zarpas contuvieron el avance de Logan y Haines.

—Que ellos trabajen —dijo la voz agruesada por la lengüeta—. Y después, tú, Rex Logan, liquídalos. Hubieran hecho contigo lo mismo. Haines tiene ya en su poder lo que percibió Lenox.

—Pueden fallar, y el rifle de Sinclair alarmar —dijo Logan.

Haines miró la máscara, que bajó los brazos. La testa asintió. Lars Haines y Rex Logan empujaron la puerta. Percibieron al extremo del vestíbulo a los cuatro que lentamente, agazapados, iban subiendo.

Y entonces Rex Logan dejó de ser el atormentado ser que desde veinte días antes vivía una pesadilla, y desde cinco días una horrible pesadilla, porque había ya encajado en el correspondiente lugar cada pieza de la «organización».

Su pistola-ametralladora emitió un doble chasquido. En la sien y en el costado izquierda de Lars Haines.

El doble chasquido hizo que en la escalera Ben Lenox, que iba el último, se revolviera en salto felino, disparando.

Pero ya Rex Logan en la penumbra del vestíbulo, agazapado tras

el sillón, disparaba con fría precisión.

Ben Lenox rodó las escaleras, asiéndose la cara destrozada. Tras él, Buddy, de costado sobre la barandilla, agotaba el cargador que su índice muerto vaciaba contra el suelo.

Corriendo, Potter se parapetó con Spider. Trepidaron los dos acribillados. Se fué inclinando Spider, y antes de rodar las escaleras, en estertor final, disparó contra Potter, en su vuelta forzada.

En el vestíbulo resonó el rugido escalofriante, y las zarpas se agitaron hacia Rex Logan, que poniéndose en pie, exclamó:

—¡Quieto donde esté, Sinclair! ¡Quieto donde esté!

Las zarpas trazaron un surco sangriento en el pecho de Rex Logan, que había arrojado al suelo la pistola-ametralladora.

Asió las mangas del *smoking* y en vilo levantó al enmascarado, que se encontró pataleando en el aire.

Rex Logan cerró en el arco de su antebrazo el cuello del enmascarado y su mano derecha arrancó uno de los guantes.

Recibió otro zarpazo en la nuca. Retorció y quitó el segundo guante.

Gritó:

—¡Quieto, Sinclair, y los dos privados! ¡Es asunto que termino yo!

No miraba hacia el pasillo superior, sino a la cabeza del tigre, que parecía estar amorosamente apoyada en su mejilla.

—La banda de la Zarpa aquí yace —fué diciendo Rex Logan, que se sentó en el sillón, manteniendo contra sí al enmascarado del *smoking*, que en inútiles forcejeos emitía rugidos al vibrar la lengüeta en sus entrecortados alientos—. Ben Lenox y sus tres oficinistas, que gasearon las casas de Simpson y Butler, desarmándoles. ¡Me oyen, pero no asomen! Me queda mucha vida y dispararé contra el que asome. Este caso es ¡mi primer caso…, y será el último!

En el último peldaño se amontonaba en confuso abrazo Ben Lenox con Spider. Un poco más arriba, Buddy, arrodillado, parecía mirar a través de los barrotes, y dos peldaños más arriba el exmédico Potter iba resbalando lentamente en sus últimos estertores.

En el pasillo apareció Byron Rokland. Retrocedió en salto rápido, porque alargando el brazo Rex Logan recogía la pistola-

ametralladora, que alzó, diciendo:

—Quedan cuatro balas y no quiero emplearlas. Han de oír la verdad sobre el caso del hombre-tigre.

El enmascarado había dejado de forcejear y parecía incrustarse en el brazo del sillón, enlazado en prieto abrazo junto al erguido Logan, cuyo pecho y nuca sangraban abundantemente.

Apretó Logan el gatillo, y el cuerpo muerto de Lars Haines, a tres pasos sobre la alfombra, pareció encogerse.

—Éste me fué acechando, y llegó a convencerse de que mi único deseo era reunirme con ella. Un asunto muy bien planeado.

Más que hablar parecía morder.

—Yo estaba enamorado hasta la medula, y Lars Haines lo supo explotar.

Una pausa, y mirando al pasillo alto añadió Logan:

—Me quedan tres balas, y no quiero emplearlas. Allá arriba tienen ventaja. Pueden disparar cuando quieran.

Byron Rokland gritó:

—¡Ha de entregarse, Logan! Usted ha capturado a la banda entera, y la sentencia…

—Ya me he sentenciado yo, Rokland. Tenía que ser usted el que estuviera donde deben estar dos privados.

—Se está desangrando, Logan.

—Hace cinco días, cuando comprendí que eso que los poetas dicen desangrarse el corazón, y llorar las almas es verdad. Puede telefonear a la «Patrol-Urgent», Rokland, pero será anticipar el final, porque apenas entre alguien aquí acabaré conmigo.

Su diestra pareció despellejar o dar manotazos, y a la vez empujó. El *smoking* dejó de ocupar el sillón, y en el suelo, sin máscara ni zarpas, se acurrucó… Beryl Kolner.

La voz de Logan fué sarcástica, pero resultaba patética:

—Ahí tiene al hombre-tigre, Rokland. Publicará usted un reportaje formidable. El hombre que sacrificó su carrera, su porvenir, porque amaba con mala pasión, como dice usted en sus artículos. El hombre que ha matado y matará, porque esta criatura que ahora gime suavemente se valió de una mala pasión que supo inspirar para sus planes.

—¡Logan! —Y el periodista apareció con las manos abiertas allá en el rellano alto—. No mate a Beryl Kolner… Usted…

El silenciador fué alzándose lentamente, y Logan replicó:

—Puede quedarse donde está, Rokland; pero del mismo modo como sé que me estoy yendo para el otro barrio sé que usted rodará escaleras abajo si pretende bajarlas.

El periodista, convulso, casi suplicó:

—Se está desangrando, Logan.

—Como pertenece. Ella me arañó al ver que estaba muerto su amante. Yo conocí a Beryl en el Hotel Drake, una noche de servicio. Sólo mucho más tarde, allá en la gabarra del Hotel Drake, propiedad de Haines, fui atando cabos. No me importa por qué murió Simpson, y murió Butler. No me importaba que esta noche muriera Sinclair.

En el suelo, Beryl Kolner murmuró:

—Yo vengué la muerte de…

El pie derecho de Rex Logan en brutal impulso chocó contra la pechera de *smoking*, haciendo saltar los botones y derribando de espaldas a Beryl Kolner, que se tendió de bruces.

A medio metro de sus manos tendidas estaba la diestra de Lars Haines crispada en rededor de su pistola.

—Ella fué la visita que el joyero Simpson esperaba, creyendo en otro tratante de piedras preciosas, por eso había mucho dinero en el cofre particular de Simpson. El dinero con que por intermedio de Haines ella compró los servicios de Lenox y su banda. Haines y Lenox se confabularon para continuar con el mito de una visita de cabeza atigrada que les pagaba anticipadamente. Lenox se limitó a recibir dinero de manos de Haines.

Tosió Logan, y en su boca apareció sangre. Rokland tenía ahora a cada lado a Sinclair y a Eric Fox.

Los tres miraban con fijeza la escena macabra del hombre sentado en un sillón y que se iba muriendo, lacerado el pecho y la nuca, porque voluntariamente se desangraba.

—Tres balas… me quedan… —Y recuperándose añadió Logan—: A Lenox le diría Haines que me debían eliminar. Y a mí me dijo Haines que los eliminase. Después, esta perra, o su amante, habrían acabado conmigo. Y lejos, disfrutando de su amor perverso…

Los dedos de Beryl Kolner distaban un palmo de la pistola que empuñaba la muerta diestra de Lars Haines.

—Cuando volví a verla después del supuesto secuestro, en su

modo de insinuar comprendí. No había habido secuestro. ¿Por qué no la maté entonces? Porque ingenuamente quería alejar la horrible sospecha. No quería creer que había sido juguete de una frívola criminal huésped del carísimo Hotel Drake, donde Haines era el guapo atleta que cuidaba las anatomías de la clientela. Sigue arrastrándote, Beryl, mi vida, hasta que abraces a tu amante. Os hubierais casado mañana o pasado, ¿no?

Ella parecía obedecer porque estaba ya junto al cadáver.

Rex Logan volvió a toser, y ya no miró hacia el que bajaba la escalera rápidamente.

Hablaba hacia la que unía su diestra a la del cadáver:

—Te costará, Beryl, porque los dedos agarrotados no sueltan fácilmente su presa. Sigue intentándolo, mi vida. Por mi culpa murieron Simpson y Butler. Y ya me he sentenciado.

—¡Piense en Marion Halifax! —gritó Rokland, arrojándose de bruces.

Pero ya Beryl Kolner había cogido la pistola y disparaba. En su sillón, Rex Logan sonrió a cada impacto, mientras su índice apretaba por tres veces.

Encima del cadáver de Lars Haines quedó atravesada Beryl Kolner. En el sillón, Rex Logan, acribillado, sonreía aún.

Byron Rokland había visto centenares de cadáveres, hasta que saturado, perdió la sensibilidad.

Sin embargo, allá eran combatientes, y aquí era un hombre que había muerto, matando a la mujer que había sido su «mala pasión».

Y Byron Rokland se cubrió el rostro con las manos porque le producía una pena inmensa la trágica sonrisa, que iluminaba el rostro de Rex Logan.

Eric Fox fué el que cerró los párpados de Logan.

Archibald Sinclair había ya telefoneado a la comisaría del
F. B. I.
Colgando, dijo:

—Usted no publicará nada sobre la historia de caza, Rokland. Puede presentar a Lenox y los demás, como una banda que se propuso asaltar domicilios de joyeros.

—¡Cállese, Sinclair! Ahora el
F. B. I.
sabrá relacionarlo todo. Y aunque no se le puede acusar de nada,

moralmente yo le acuso, Sinclair, de ser un asesino peor que Lenox, porque éste apretaba gatillos, ¡y usted es un asesino peor precisamente porque no apretó ningún gatillo! Vámonos, Eric. Enviaremos por escrito todas las declaraciones que quiera al
F. B. I.
Ahora mismo necesito con urgencia, emborracharme hasta perder la noción de todo esto.

En la calle, conduciendo Eric Fox, éste dijo:

—Ha sido horrible, y creo que me he curado para siempre de querer ser detective.

—Yo no, pero nunca podré olvidar la sonrisa de Logan. Tú eres pintor, Eric, y viste la sonrisa de Logan. Yo he visto llorar hombres muy hombres, y se me hizo un nudo en la garganta.

—Y te ha turbado más el patetismo de la sonrisa de Regis Logan, el honrado policía, que se sentenció a muerte. Llevas mucho sueño atrasado, Byron. Duerme, y al despertar, en mi casa, tú y yo, nos emborracharemos a conciencia.

Al día siguiente la nocturna edición del «Chicago News» llevaba un artículo firmado por Byron Rokland. Se intitulaba:

«EL ULTIMO ACTO DE SERVICIO DEL HONRADO REX LOGAN»

Tras una detallada explicación de la espera y lo sucedido en el domicilio de Archibald Sinclair el reportaje decía:

> «Rex Logan capturó entera a la banda de la Zarpa, ajusticiándola. El tribunal más severo no le habría condenado a más de cinco años, pero Rex Logan se había sentenciado. Su honradez, vencida momentáneamente por la pasión que supo encender en su sencillo carácter la sobrina de George Barrie, viuda del austríaco Kolner, volvió a surgir cuando decidió ajusticiar, ajusticiándose».
>
> «Pocos hombres habrán resistido la larga agonía que martirizó a Rex Logan, mientras esperaba, el momento de arrancar la máscara.»
>
> «Si alguno de mis lectores sintiera pena por Beryl Kolner, considerando que ella al recibir el legado de

> dos mil libras de Dick Aldington, planeó una venganza sentimental, le aconsejo que visite al médico. Es un linfático sensiblero y despreciable. Pero sé que todos mis lectores, cada vez que vean en el Zoo a la más hermosa tigresa, la considerarán una preciosa gata mansa, comparándola a la perversa criatura que sin sus guantes de zarpa, laceró y desangró el corazón de Rex Logan, el honrado policía, que murió en acto de servicio».

El artículo leído en voz alta por Nuela Parsons, provocó en Donaldson, el dibujante, un bufido despectivo:

—¡Folletín, puro folletín!

Eric Fox estaba «almorzando». Y Byron Rokland acababa de beber su undécimo coctel.

—Sí, palmípedo, es puro folletín, pero por desgracia el folletín alienta en cada esquina. Y en cuanto a usted, señora Parsons, sepa que me arrepiento de haber sido algunas veces ofensivo, ya que al fin y al cabo es usted una mujer de generoso corazón, palpitante bajo media tonelada de membrillo. ¡Fuera con estos dos, Eric Fox! Dame las zarpas, y voy a terminar con ellos.

Había salvajismo en la expresión de Rokland, y la crítica y su protegido, se retiraron.

Eric Fox comentó:

—Te has olvidado de una víctima, Byron. La más lamentable, porque sigue viviendo.

—Marion Halifax es hija de un policía. Empieza a admirar la sublime manera que tuvo su exnovio de liquidar un difícil conflicto sentimental. He venido «a beber y apurar la copa del licor»…, porque me está sucediendo algo incomprensible, Eric.

—Era fatal.

—¿Qué es lo fatal?

—Nunca trataste a una Eva de la categoría de Marion Halifax. Ni ella tampoco trató a un lagarto de tu clase. Estabas acostumbrado a intelectuales desquiciadas, y a mujeres que trabajan como hombres. Viste la cocina de los Halifax, la sumisión de Marion que ha nacido para cocinar y aguantar los caprichos de su esposo, y te parece haber descubierto a la verdadera Eva. Y en cuanto a ella, te admira, como a un bicho.

—¡Un bicho raro! Nada de venenoso. Me escucha embobada, cuando describo la heroica muerte de Rex Logan.

—Y pronto te pedirá que le describas tus maravillosas hazañas en los campos de guerra. Y entonces…

—¡Mi perdición! Marcha nupcial, etc.

—Tu salvación, imbécil. Has desempeñado muchos papeles: estudiante díscolo, boxeador adolescente, gigolo, soldado, oficial, escritor… Pero no hallarás la paz espiritual hasta que no desempeñes el papel que te gustará más, y que ignoras: sentirte padre a la antigua, y ver a tu esposa engordar y hablar tan sólo cuando le autorices a ello. En estos atómicos años, Byron Rokland, una Marion Halifax es una ganga. No podrás lucirla a tus amigos, pero brillará mucho en tu cueva, mientras una sarta de críos berreen subiéndose por tus piernas…

—Estás borracho. Eric.

—No pienso negarlo, Byron.

—Me voy, porque estás poniéndote sentimental. ¿Casarme yo?

Estaba ya en el umbral, cuando oyó al pintor ultimar:

—Desconfía, Byron, porque cuando Marion te haga cambiar el disco, y te pida relatos de tus hazañas, ya puedes encargar «un traje nuevo para la boda».

Burt Halifax sonrió al ver al larguirucho Rokland.

—Iba hacia su casa, Burt. ¿Ya se va consolando Marion?

—Ha comprendido que Rex supo morir como debía.

—¿No le molestará que suba unos momentos?

Burt Halifax se detuvo y cogió por el codo a Rokland:

—Oiga, muchacho, como no quiero tener que romperle las narices, prefiero hablar, y no se moleste. Mi hija, antes al cabo del día citaba unas diez veces a Logan, y sólo una a usted. Ahora, las cifras han cambiado. Es posible que usted le produzca admiración, ya que en el fondo, no es usted orgulloso, ni pedante. Pero, mi hija no es como las tontas que usted conoce.

—¡Por esto mismo! Yo…

—Un momento. Para mi hija quiero lo mejor, que es un policía patrullero, como yo.

—Si es preciso, y ella lo quiere, ya está usted limpiando el asiento del coche «22», destinado al agente Byron Rokland.

—Usted ya tiene su oficio, y no es malo. Mejor que deje de ver a

Marion. Se le pasará, muchacho.

—Es que será peor, Burt. De lejos…

—Se darán cuenta los dos, de que fué una simpatía y nada más. Adiós, señor Rokland, y sin enfadarnos.

—Adiós —dijo secamente el periodista.

Pasaron tres días, y el correo trajo para Byron Rokland, un sobre azul, en cuyo interior había cinco líneas escritas con letra bastante difícil de descifrar:

> —«Señor Rokland: Mi padre me contó lo que ha pasado. Está mal, porque usted es honrado y sencillo. Se lo he dicho así a mi padre, que consiente a que usted, cuando quiera, venga a tomar café. Me alegrará mucho hacérselo y servírselo. Queda de usted affma. s. s.
>
> »q,
>
> e. s. m.
>
> »*Marion Halifax*».

—¡Mi primera carta de amor verdadero, Eric! —aulló Rokland, agitando la carta ante los verdes ojos del pintor, que despertado bruscamente, a las cuatro de la tarde, escuchó con resignación—: ¡Fíjate qué maravilla! Es mi afectísima segura servidora, y me está esperando.

El pintor leyó y dijo:

—Si te está esperando con la cafetera, ¿a qué diablos me vienes a dar el té?

—¿Eres o no mi amigo único? He venido a decirte que habrá algunas Beryl Kolner por el mundo, pero también es delicioso encontrar a las ocultas Marion Halifax.

—Marion Rokland. Y déjame dormir.

El pintor se cubrió con las sábanas. No quería que Rokland le viera sonreír. ¡La primera carta de amor! La ley de las afinidades electivas, según la cual decía Goethe que se producían los enamoramientos, se truncaba por su base.

Eran los contrastes. Un escritor y una hogareña cocinera, un pintor y una ignorante modelo. Suspiró y renunció a filosofar.

Burt Halifax abrió la puerta, invitó:

—Adelante, muchacho. ¿Un buen café, no?

—Sí, señor —dijo respetuosamente el futuro yerno.

—Me llamo Burt, o viejo, como prefieras, muchacho. ¡Madre! El señor Rokland.

Ceremoniosamente, la señora Halifax devolvió el saludo de Rokland. Y cuando entró Marion Halifax llevando la cafetera. Byron Rokland sonrió en éxtasis placentero.

Para su visión, ella no llevaba un delantal, sino un tejido impalpable, hecho de alitas. La cafetera era la lámpara de Aladino, brillante y prodigiosa.

Un mes después, en el Zoo, ante la jaula de una pantera, dijo Marion Rokland:

—Es hermosa esta fiera, ¿verdad, Byron?

—Mejor que vayamos a ver la jaula de las cigüeñas, señora Rokland.

Y ante la jaula de los flamencos de vistosos plumajes, ella se extasió convencida de que eran cigüeñas, con el beneplácito de Byron Rokland, que había decidido no instruir en exceso a la hija del policía.

—Las mujeres instruidas sienten lástima por el débil varón —decía Eric Fox.

Se había casado con una voluminosa modelo, la cual se encerraba en su alcoba, desde que el pintor tenía por modelo varias lagartijas.

—El Creador hizo estos animalillos para que nos sintiéramos el rey de la naturaleza, jugando con caimanes. Sería curioso, Byron, un criminal que empleara garras y hocico de caimán.

—¡No! Me bastó con la mujer tigre, Eric. Si vuelvo a intervenir en casos extraños, no me busques donde haya fieras femeninas. A lo más, intervendré en asuntos simpáticos, como por ejemplo, el Caso del Viudo Alegre, o el del Oso de Peluche.

—Cuando te zumbe el mosquito, te espero… aunque de momento creo que el asunto que te espera es el Caso de los Trillizos.

FIN



MUERTOS EN VIDA... ¡así están los que se hallan bajo el influjo de la droga! Los T-MEN, los hombres del departamento del Tesorería de los Estados Unidos, se enfrentan con un nuevo problema

¡LA MARIHUANA!

HURACAN EN EL CARIBE

describe las apasionantes aventuras de dos agentes secretos en lucha con los traficante de la muerte a largo plazo.

¿Quién es en realidad la enigmática Miss Sugar? ¿Cuál es su verdadera participación en el siniestro contrabando?

HURACAN EN EL CARIBE

contestará a estas preguntas descubriéndole interesantes aspectos de la labor de los T-MEN y aprisionando su interés en la emocionante trama de un argumento trepidante de acción...

Recuerde

HURACAN EN EL CARIBE

por *TONY M. TOWER*

Próximo número de la Colección SERVICIO SECRETO

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 304 - Lía Ramos.
- HETTIE LA INCONQUISTABLE

Núm. 305 - Francis Laida.
- AL REGRESAR

Núm. 306 - Enri Claveri.
- OBSESIÓN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 200 - Matilde Redón Chirona.
- PRISIONEROS DEL ODIO

Núm. 201 - Lina Soler.
- CASADA CON NADIE

Núm. 202 - María del Pilar Carré
- UNA MUJER DISTINTA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 144 - Javier Catá.
- ARMONIAS ROTAS

Núm. 145 - L. Masota.
- LA HIJA DEL DRAGÓN

Núm. 146 - Trini de Figueroa.
- ENTRE MAR Y CIELO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 30 - Corín Tellado.
- EL DESTINO MANDA

Núm. 31 - Mercedes Muntó.
- ELFRIDA

Núm. 32 - Isabel Salueña.
- VENGANZA Y PERDÓN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 245 - Peter Doom.
- UNA ESTRELLA DE CINCO PUNTAS

Núm. 246 - M. de Silva.
- EL EXTRAÑO BANDOLERO

Núm. 247 - Rogers Kirby.
- LA VENGANZA DE WILL TOBEY

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN IRIS

Núm. 14 - Arnaldo Visconti.
- LA SULTANA

Núm. 15 - Arnaldo Visconti.
- TRES BALAS Y UNA ORQUIDEA

Núm. 16 - Arnaldo Visconti.
- RÍO TORMENTO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 109 - Silver Kane.
- SIETE HORAS DE VIDA

Núm. 110 - Peter Debry.
- LA BANDA DE LA ZARPA

Núm. 111 - Tony M. Tower.
- HURACÁN EN EL CARIBE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTS.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 43 - Chuck Stanley.
- DOS BUENOS CAMARADAS

Núm. 44 - George Cassidy.
- GUERRA EN LA PRADERA

Núm. 45 - Lynn Westland.
- EL VALLE DEL VENENO

APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO *16* PTS.

■ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 pts.**